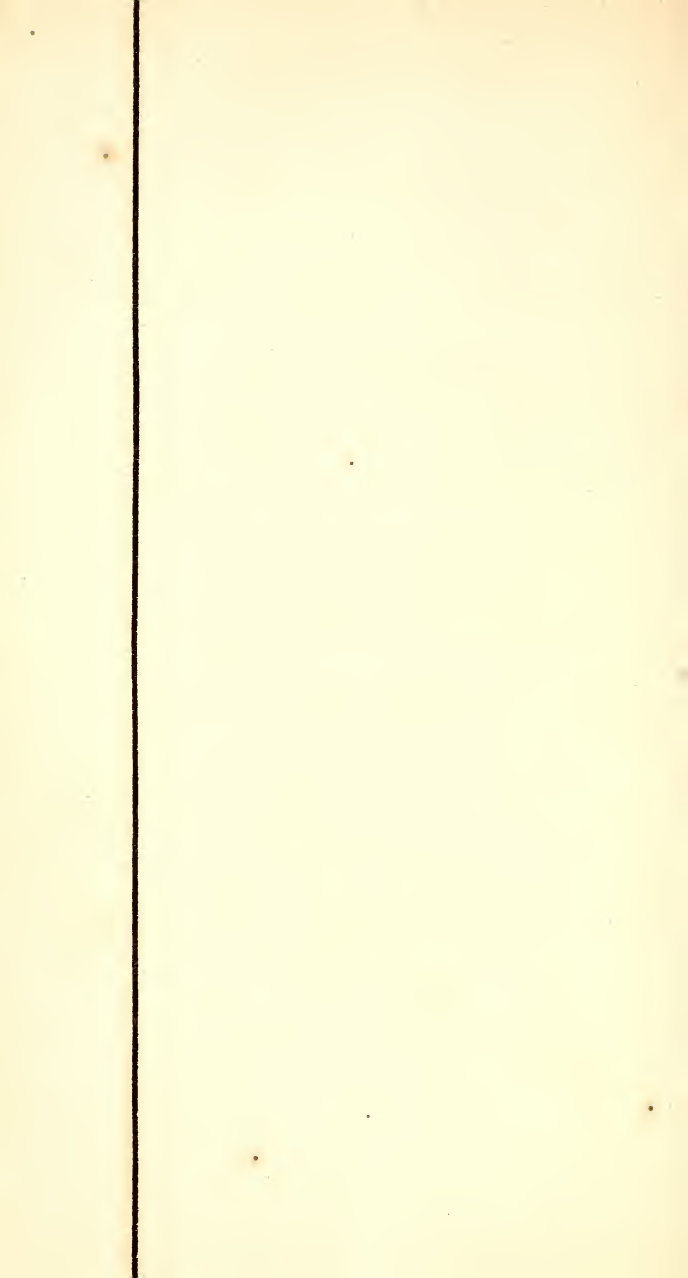
Ifigenia de Aulide.

Naval



IFIJENIA

EN AULIDE.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

COMPUESTA EN FRANCES

POR JUAN RACINE

TRADUCCION CASTELLANA

EN VERSO ENDECASÍLABO

POR DOMINGO NAVAS SPÍNOLA.

autor venezolano.

CARACAS:

IMPRENTA DE VALENTIN ESPINAL

1832.

DEDICATORIA.

AL Sr. Dr. JOSE MARIA VARGAS

SU AMIGO

Domingo Navas Spínola.

LISTA DE LOS Sres. SUSCRIPTORES.

EN CARACAS.

Excmo. Sr. Presidente de la República, José Antonio Paez.
Excmo. Sr. Vicepresidente, Diego Bautista Urbaneja.

Señores.
General Judas Tadeo Piñango.
Dr. José Domingo Duarte.
Ldo. Juan José Romero.
Dr. Juan Martinez.
General Carlos Soublette.
Coronel Manuel Muñoz.
Coronel Matias Escuté.
Gregorio Codecido.
Luis Correa.
Francisco Alva.
Diego Pereira.
Cristoval Mendoza.
Antonio Tirado.
Dr. Andres Narvarte.
Juan Antonio Perez.
Ramon Yepes.
Andres Blanco.
Fidel Rivas.
Juan Antonio Ruedas.
Francisco Perez.
Carlos Berrio.
Manuel Agreda.
Santos Michelena.
José Luis Ramos.
Juan de Mata García.
Diego A. Alcalá.
Fernando A. Diaz.
Pedro Casas.
Manuel Echeandia.
José Manuel Landa.
Rafael Dominguez.
José María Rodriguez.
Vicente Lecuna.
Guillermo Smith.
José Lopez Villavicencio.

Señores. Gerónimo Fernandez.
Juan Reina.
José Jesus Mendez.
José María Francia.
José Cayetano Carreño (hijo.)
Jacinto Gutierrez.
Luis Lopez Mendez.
Guillermo White.
José María Pelgron,
Estanislao Blasco.
Vicente A. Gil.
Ignacio R. Morales.
Comandante Juan Antonio Cepeda.
Valentin Garmendia.
Patricio Hanrahan.
Cristoval Acosta.
Carlos Tirado.
Agustin Garcia.
Jacobo María Chirino.
Dr. Francisco Javier Yanes.
Dr. José María Telleria.
Ldo. Francisco Aranda.
Dr. Nicolas Anzola.
Miguel Casas.
General José Félix Blanco.
Coronel José Austria.
Pedro Pablo Diaz.
Fernando Acosta.
Juan Nepomuceno Blasco.
Juan Bautista Carreño.
Manuel Antonio Carreño.
José Antonio Carrillo.
Ramon Diaz.
José María Ponce.
Ramon Irazabal.
José Francisco Requena.
Luis Alvarez Aliaga.
José Mauricio Berrisbeitia
Francisco de Paula Pardo.
Manuel Escurra.
Gerónimo Pompa.
Clemente Ponte.
Luis Morales.
José Cruz Machado.

SEÑORES. Esteban Herrera.
Miguel Blanco.
Juan Félix del Corral
Eusebio Echezuria.
Manuel Quintero.
Basilio Arnal.
Manuel Vicente Casas.
Calixto Madrid.
Guillermo Espino.
Aniceto Rivero.
Mariano Salias.
Juan Pablo Huizi.
Remigio Armas.
Mariano Aliaga.
J. B. de Leon.
Isidoro Hernandez Bello.
Raimundo Rendon Sarmiento.
Félix Domingo Martinez.
Dr. Santiago Hernandez.
Licdo. Joaquin Boton.
Manuel María Diaz.
José Celedonio Ruiz.
Tomas Francisco Borjes.
Juan Bautista Montserrat.
Isidro Olivares.
José Antonio Mosquera.
Carlos F. Bigot.
Ramon Lozano.
Emeterio Miranda.
Eusebio Conde.
José Maria Velazquez.
Francisco Hernandez Romero.
Francisco Mercader.
Manuel Tamayo.
Dr. Felipe Fermin Paul.
Domingo Perez.
Dr. Pedro Bárcena.
Dr. Pedro Nuñez Cáseres.
Claudio Rocha.
Francisco Sanchez.
Calixto Leon.
Tomas Antero.
Antonio Juan Ochoa.
Julian Guadalajara.

Señores. Marcos Santana.
Manuel Eligio.
Fernando García.
Roverto Basalo.
Dr. Rafael Acevedo.
Ramon Pereira.
Ignacio Requena.
Feliciano Palacios (padre).
Lino Talavera.
Zacarías Llaguno.
Mariano Rodriguez.

EN LA GUAIRA.

General Francisco Carabaño.
Benito García.
Domingo Martinez.
Rafael Mayora.
Agustin Loinaz.
Andres Caballero.
Francisco Rivodó.
José Cordero.
José Maria Arrillaga.
José Soublette.
Manuel Vicente Huizi.
Matias Ascarate.
Bernardo Ravelo.
Valentin Salvoch.
Gabriel Fernandez.
Nicolas Gil.
Gonell hermanos.
P. Ravelo.
G. bon Button.
S. Halli.
Gerónimo Evans.
J. H. Fleury.
Esteban Escovar.
G. Granlich.
Mateo Romero.
Robert Liers.
José Ignacio Zuluaga.
Pedro José Miranda.
Martin Landa.
J. N. Echezuría.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Entre los espectáculos, cuya invencion hace mas honor al ingenio humano, obtiene el teatro una merecida preeminencia. Bien se le considere como escuela de política, de oratoria, de fino gusto y de recto modo de pensar; ó bien como un suave vínculo de sociabilidad, ninguno otro hermana en tan sublime grado la utilidad con el deleite. Los grandes ejemplos de patriotismo, y de virtud pública y privada, representados con el espléndido aparato de las decoraciones y de los trages, y animados por una expresiva declamacion, dejan en el corazon de los espectadores impresiones y sentimientos mas vivos, que las frias doctrinas de moral aprendidas en los libros. Feliz el pueblo que, poseyendo un teatro verdaderamente nacional, aleja de su recinto las farsas ridículas, obscenas y groseras por medio de una policía vigilante é inexorable. El arte dramático ha formado en todos tiempos las delicias de los filósofos y literatos, y lo que es mas, aun de aquellos mismos varones ilustres, consagrados enteramente á la religion. Los chistes de Platon recreaban á San Gerónimo, cuando despues de largas vigilias habia llorado los extravíos de su

juventud*. Puede asegurarse que la cultura de las naciones ha principiado por esta útil institucion, ó á lo menos, que ella es una prueba inequívoca del estado de su civilizacion. Omitiendo los Chinos, los Japones, los Tunquineses, los Peruanos, los Mejicanos y demas paises, que parecen haber conocido las representaciones teatrales, acordémonos solo de los Griegos y de los Romanos que las elevaron á la mayor gloria y perfeccion, y que corrian á oir con sumo placer las piezas de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Menandro y Aristófanes; Pacuvio, Accio, Vario, Séneca, Plauto y Terencio. La dramática, igualmente que las otras artes y ciencias, quedó envuelta por espacio de algunos siglos en las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie; pero en el restablecimiento de la literatura fué cultivada por muchos ingenios, y se principió á usar en lengua vulgar hácia el siglo décimoquinto. Los Italianos y los Españoles disputan entre sí la primacía en esta parte, y aunque todavia no se ha decidido la contienda, lo cierto es, que los segundos han servido de maestros á los Franceses, que en el dia no reconocen ni superiores ni rivales en los dominios de Melpomene y de Talía. En efecto Corneille, Racine, Voltaire y Moliere son repu-

* *Post noctium crebras vijilias,* dice, *post lacrymas quas mihi præteritorum recordatio peccatorum ex imis visceribus eruebat, Plautus sumebatur in manus.*

tados como los favoritos de aquellas deidades, y han dejado en sus respectivos géneros modelos inimitables. Divididas están las opiniones sobre la tragedia y la comedia, dando los unos la preferencia á aquella y los otros á esta; mas si nos es permitido exponer la nuestra, diremos, que ambas composiciones son de extrema dificultad; y que una buena tragedia prueba un ingenio tan superior, como una buena comedia.

Deseando dedicar á este agradable entretenimiento algunos ratos de ócio, hemos elegido á Racine entre los trágicos, y entre sus producciones la Ifijenia, para ofrecerla al público en lenguaje español. En elogio de esta obra maestra del teatro moderno bastará repetir la egregia expresion de Boileau, esto es, que ella hizo derramar mas lágrimas de los ojos de los oyentes, que las que costó á toda la Grecia junta la Ifijenia inmolada en Aulide. Bastaria en suma decir, que Voltaire, ese gran maestro del arte trágico, al leerla por la centésima vez, sentia arrasados sus ojos de lágrimas de admiracion y enternecimiento, sucediéndole lo mismo que á Tito hablando de Berenice:

Depuis cinq ans entiers chaque jour je la vois,
Et crois toujours la voir pour la premiere fois.

Pero no podemos privarnos del gusto de recorrer ligeramente algunas pocas de sus bellezas.

El sacrificio de Ifijenia es célebre en la an-

tigüedad, y suministró á la pintura uno de los mas famosos cuadros. Timantes lo formó, quien despues de haber graduado el dolor en los rostros de todos los asistentes, desesperado de poder pintar el de un padre, representó á Agamenon cubriéndose la cabeza con un velo. La mitología refiere que Diana, apaciguada por la sumision de la víctima, puso en su lugar una cierva, que fué inmolada, trasportando á Ifijenia á la Táuride, donde la hizo su sacerdotiza. Este es el desenlace que adoptó Eurípides, pero que repugna á las ideas, usos y costumbres de la presente edad. Racine inventó el personage de Erifila, la cual fué sacrificada en lugar de Ifijenia.

La exposicion es feliz, bella, clara é interesante, porque desde los primeros versos sabe el autor excitar la curiosidad, y enternecer los ánimos con los discursos de Arcas y de Agamenon, que sumergido en profundo dolor, no piensa sino en el sacrificio de una hija idolatrada por obedecer la voluntad de los dioses. El interes, la inquietud, se aumentan desde la escena tercera al encontrarse con Aquíles y Ulíses. Redóblase el terror en la siguiente, cuando Ulíses trata de persuadir á Agamenon, que el interes de la Grecia exige aquella víctima. Ifijenia aparece desde entónces conducida á la muerte, que debe sufrir sobre el mismo altar donde habia de dar la mano á su amante.

Racine con la sagacidad de su admirable ingenio hace comparecer á Erifila antes de haberse visto á Ifijenia. Si sucediera lo contrario, nadie podria tolerar el personage de Erifila, rival de Ifijenia. La llegada de esta causa despues un prodigioso efecto: vuela á los brazos de su padre á presencia de aquella, ignorando la suerte que le aguarda. Puede afirmarse, que cada escena de este segundo acto es una gradacion maravillosa, y produce tan tiernos y penetrantes sentimientos, que exceden á toda explicacion.

Despues de incidentes manejados con destreza, Clitemnestra, Aquíles é Ifijenia esperan alegres el momento de las nupcias. Erifila está presente, y el contraste de su dolor con la alegría de la madre y de los dos amantes aumenta la belleza de la situacion. Arcas llega entónces á anunciar que todo está pronto, y que Agamenon espera á su hija en el altar, pero que es para sacrificarla. Los cuatro personages expresan en un solo verso todos sus diferentes sentimientos, y Clitemnestra se postra á los pies de Aquíles.

En el cuarto acto la escena entre Agamenon, Clitemnestra é Ifijenia es todavia superior á cuanto se ha visto antes. Aquel abrumado con el peso del dolor, viene en busca de su hija para llevarla al altar, so pretexto de entregarla al héroe á quien está prometida: la madre

se explica en un lenguaje sublime y terrible, el mas propio de la desesperacion: la hija excita la compasion de su desgracia con discursos patéticos y llenos de nobleza. En otra escena manifiesta Aquíles la fiereza, la indignacion, las amenazas de un héroe irritado, sin que Agamenon pierda nada de su dignidad, y este punto es ciertamente el mas dificultoso: ama á Ifijenia, la considera como su esposa; pero es mucho mas violento que tierno: en una palabra, ama como Aquíles debe amar.

Ifijenia es el personage mas interesante de toda la pieza. Sostiene hasta el fin el carácter sensible y generoso que ha mostrado. Segura de la terneza de su padre, que hace el último é inútil esfuerzo para hacerla partir secretamente con Clitemnestra, viendo todo el ejército conjurado contra sí, se resuelve á morir: consuela á su madre desesperada: le recuerda la infancia de Oréstes: expresa los sentimientos mas amables: resiste á su mismo amante, que quiere defenderla: le representa la gloria que va adquirir delante de Troya: en suma, manifiesta una mezcla de heroismo y sensibilidad propia de la tragedia, y temperando con ideas consoladoras un sentimiento capaz de consternar y destrozar el corazon, excita la admiracion, y hace aun mas dulce la piedad y el enternecimiento.

El personage de Erifila, aunque verdadera-

mente episódico, va continuamente ligado á la pieza, donde es necesario para el desenlace sin valerse de lo maravilloso de la fábula, porque el autor no podia sustituir una cierva á Ifijenia, como pudo hacerlo Eurípides. El papel de Erifila está concebido con tal destreza, que tiene el grado de interes propio de cada personage: su conducta motivada por la pasion es bastante odiosa, y no se siente mucho verla perecer en lugar de Ifijenia, á quien ha querido perder. El poeta satisface al espectador de todos modos, y un desenlace feliz es la perfeccion de una tragedia.

La catástrofe se halla en narracion, y no en accion, y aquí se conoce la habilidad de Racine. Hay cosas que producen mas efecto presentadas á la imaginacion que á los ojos, y tal es el sacrificio de Ifijenia, que aparecerá hermoso en un cuadro ó en una relacion, mas no sobre la escena. Ademas, la muerte de Erifila ejecutada al vivo, en vez de conmover los corazones los pondria helados, porque no debe exponerse á la vista la muerte de un personage secundario, sino la de aquel por quien nos sentimos vivamente interesados. El grande arte de Racine la sostiene hasta el cuarto acto; pero luego que Ifijenia se halla en peligro, Erifila se olvida, y no causaria mas impresion que la cierva de Diana.

Digamos, pues, que la accion de esta trage-

dia es extraordinaria é interesante: que su unidad de accion se conserva inviolablemente, y que cada incidente contribuye á sus progresos: que el carácter de la protagonista está delineado con maestría, y los demas tienen una variedad y exactitud perfectamente sostenidas: que el desenlace preparado insensiblemente de antemano, se verifica por medios probables y naturales, es sencillo y patético: que están bien observadas las demas unidades de tiempo y de lugar; en fin, que la Ifijenia debe reputarse como la obra mas perfecta de que es capaz el espíritu humano.

Réstanos hablar del estilo y lenguaje. ¿Pero como es posible que en esta materia sean jueces competentes unos extrangeros, por mas hábiles que se les suponga en el idioma nativo del autor? Desconfiados de nuestros escasos conocimientos, y sirviendo solo de éco á los literatos franceses, diremos siguiendo su opinion: que Racine elevó la lengua francesa á un grado eminente de elegancia y de pulcritud: que todos le proclaman *el poeta del corazon*: que su versificacion posee aquella armonía imitativa, aquella melodía encantadora que se admira en Virgilio y en otros clásicos de la antigüedad, y que reune la elevacion, la nobleza y la magestad propias del estilo trágico.

Si es difícil la traduccion en prosa de un escritor prosáico, y mucho mas la de un poeta en

verso, cuanto no lo será la de un poeta tal como Racine? Aunque el español posea calidades sumamente preciosas, su índole, construccion, idiotismos y prosodia son muy diferentes de los del frances, y aunque se penetren á fondo el espíritu y sentimientos del original, nunca se logrará expresarlos con todo acierto en una lengua sujeta á distintas reglas métricas. Parece que estas dificultades debieran haber arredrado al traductor en su empresa; pero ardiente apasionado de Racine, y entusiasta admirador de la Ifijenia, las ha puesto en olvido, deseando únicamente que en el teatro de esta capital llegue á representarse esta interesante tragedia, y dejando á mejores talentos el encargo de hacer una traduccion mas digna de aquel inmortal ingenio, y del aprecio y aceptacion de nuestros ilustrados compatriotas.

ACTORES.

AGAMENON.

AQUILES.

ULISES.

CLITEMNESTRA, esposa de Agamenon.

IFIJENIA, hija de Agamenon.

ERIFILA, hija de Helena y de Theseo.

EURIBATES, } domésticos de Agamenon.
ARCAS , }

EJINA, dama de la comitiva de Clitemnestra.

DORIS, confidente de Erifila.

GUARDIAS.

La escena es en Aulide, y en la tienda de Agamenon.

IFIJENIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Agamenon, Arcas.

AGAMENON.

Sí, soy Agamenon, es tu monarca
Quien ha venido á interrumpirte el sueño.
Acércate, mi voz oye y conoce.

ARCAS.

Sois vos, Señor! Que interesante empeño
Os ha obligado á prevenir el alba?
Del nuevo dia un lánguido reflejo
Apenas os alumbra y me conduce,
Y en toda Aulide solamente abiertos
Vuestros ojos se encuentran y los mios.
Por ventura en el aire algun estruendo
Habeis oido? ó bien se habrán prestado
Los vientos esta noche á nuestros ruegos?
Mas la armada y los vientos y Neptuno,
Todo enmudece, todo está durmiendo.

AGAMENON.

Feliz aquel que en su fortuna humilde
Mira todos sus votos satisfechos!
Y libre de ese yugo esplenderoso
A cuyos lazos mi cerviz someto,
Pasa la vida en el oscuro estado
En que oculto los dioses le pusieron!

ARCAS.

De cuando acá, Señor, ese lenguaje?
Colmado de poder, por qué secreto
Baldon los dioses, siempre á vos propicios
Y prontos á cumplir vuestros deseos,
Hacen que ingrato aborrezcais sus dones?
Ademas de que os veis á un mismo tiempo
Monarca, padre, fortunado esposo
E hijo tambien del poderoso Atreo,
Sois posesor de la region mas rica
De cuantas tiene el continente griego.
Del linage de Júpiter nacido
Por todas líneas, aun el himeneo
A uniros vuelve á la divina estirpe.
Aquíles, finalmente, ese mancebo
Por oráculos tantos ensalzado,
Y á quien tantos prodigios guarda el cielo,
A vuestra hija pretende, y determina
Prender de Troya en el voraz incendio
De tan noble himeneo el hacha sacra.
Y que gloria, Señor, ó que trofeos
Pueden ser justamente comparados
Con esos tan magníficos objetos
Que á vuestra vista ostenta la ribera:
Con esos mil navíos, que suspensos
Con veinte reyes que á su bordo tienen,
Para levar las áncoras, el viento
Y vuestro real mandato solo esperan?
Y aunque una calma dilatada, es cierto,
Que os hace retardar vuestras conquistas,
Pues los vientos por tres meses enteros
En la region mas alta encadenados
De Troya ha tiempo que os mantienen lejos;
Reparad que sois hombre, sin embargo
De tantos honoríficos empleos;
Y que mientras vivais la suerte varia

Otorgaros no puede un bien perfecto.
En breve.... Pero que calamidades
Contiene ese billete, pues advierto
Que os hace derramar amargo llanto?
Se halla, Señor, en inminente riesgo
De vuestro tierno Orestes la existencia?
Será que acaso Clitemnestra ha muerto?
O llorais á la jóven Ifijenia?
Que es eso que os escriben? Sí, yo espero
Que os dignareis hacerme esta confianza.

AGAMENON (distraido).

No, tú no morirás; no, yo no puedo
Consentirlo.

ARCAS.

Señor...

AGAMENON.

Ya has advertido
Mi turbacion; pues bien, ahora atento
La causa escucha, y juzga si al reposo
En mi actual situacion prestarme debo.
Bien te acuerdas del dia que en Aulide
Reunidos, parecia que los vientos
Estaban convidando nuestras naves.
Partimos y con gritos de contento
Dirigiamos ya mil amenazas
A las troyanas costas desde lejos.
Mas impuso silencio á este alborozo
El prodigio mas raro y estupendo,
Pues el viento, que así nos lisonjeaba,
Súbitamente nos faltó en el puerto.
Forzoso fue esperarnos, porque en vano
Al mar inmóvil fatigaba el remo.
A la divinidad que aquí se adora
Me obligó á dirigirme aquel portento,
Inaudito hasta entónces; y seguido
Solo de Ulíses, Menelao y Néstor

Privado sacrificio hice en sus aras.
Mas cual fué su respuesta! Y á qué extremo
Reducido quedé, cuando por Cálcas
Percibí declarado este concepto!
Levantais contra Troya inútil fuerza,
Si en sacrificio célebre y cruento
Del linage de Helena una doncella
A Diana no ofreceis en este templo.
Inmolad á Ifijenia, y de este modo
Los vientos obtendreis, que os niega el cielo.

ARCAS.

A vuestra hija!

AGAMENON.

Atónito cual puedes
Imaginarlo, helárseme en el cuerpo
Al instante sentí toda la sangre.
Perdí la voz, y solamente á esfuerzos
De mil sollozos pude recobrarla.
Culpé á los dioses, é hice juramento,
Sobre sus aras, sin oir mas nada,
De negar mi obediencia á su precepto.
Ah! que no hubiese yo seguido entónces
De mi amor cuidadoso los consejos.
Quise en el acto despedir la armada,
Y á mi opinion Ulíses asistiendo
Mas solo en apariencia, no se opuso
Al torrente del ímpetu primero.
Pero poco despues me hizo presente,
A su cruel industria recurriendo,
La patria y el honor amancillados,
El total abandono de los pueblos,
Esos reyes que á mí se han sometido
Y el asiático imperio, que los Griegos,
En mi promesa descansando, esperan.
Con qué cara, me dijo, á envejeceros
Ireis á vuestra casa, rey sin gloria,

Despues de haber cumplido el pensamiento
De inmolar el estado á vuestra hija.
Yo mismo, no sin pena lo confieso,
Sentia, en mi poder embelesado,
Y de mi dignidad suprema lleno,
Que de mi corazon la vanagloria
Halagaban los nombres lisonjeros
De rey de reyes y de Grecia gefe.
Para mayor desgracia, en el momento
Que un breve sueño á mis disgustos daba
Alguna tregua, el sanguinoso fuero
De sus aras vengando las deidades,
A declararme cada noche reo
De mi piedad sacrílega venian;
Y á mi turbado espíritu ofreciendo
El rayo, ya la diestra levantada,
Amenazaban mi contrario empeño.
Cediendo, Arcas, y hallándome vencido
Por ese Ulíses, con dolor acerbo
Determiné el suplicio de mi hija.
Pero era indispensable que del seno
De una madre pudiese arrebatarla.
A que artificio, amigo, tan funesto
Me fué preciso recurrir entónces!
Aquíles la ama, y su lenguaje empleo.
A Argos, para abreviar el viage, escribo,
Que obligado á partir este guerrero
Con nosotros, rever á mi hija quiere,
Lograr su mano, y despedirse luego.

ARCAS.

Y no temeis al impaciente Aquíles?
Quereis acaso que callado y quieto
Os permita abusar ese héroe, armado
De la razon y del amor á un tiempo,
De su nombre para ese asesinato?
A su amante verá inmolar sereno?

AGAMENON.

Ausente Aquíles, pues harás memoria
Que su padre Peleo, previniendo
Los conatos de un próximo enemigo,
Le habia preceptuado su regreso
De estas riberas, era muy probable,
Arcas, que aquella guerra por lo menos
Hubiese prolongado mas su ausencia.
Mas quien podrá poner impedimento
En su rápido curso á ese torrente?
Aquíles va á buscar combates fieros,
Y sin pararse la victoria obtiene;
Y de su fama en pos anoche ha vuelto,
Ya vencedor, á unirse con la armada.
Pero son otros lazos mas estrechos
Los que mis manos atan y contienen.
Una hija que se acerca, que corriendo
Viene á encontrar su muerte, que distante
De sospechar un fallo tan severo,
Tal vez se jactará de mis finezas.
Mi hija.... ese nombre solo, cuyos fueros
Son tan santos, su juventud, mi sangre....
No tengo compasion de nada de eso.
Me compadezco sí de mil virtudes,
Del recíproco amor que nos tenemos,
De su piedad igual á mi terneza,
De su inmutable y muy cordial respeto,
A que premio mejor habia ofrecido.
No, no creo que apruebes, justo cielo.
El furor de este horrible sacrificio.
Sin duda tus oráculos quisieron
Probarme, mas si osase consumarle,
Tú me castigarias sin remedio.
Solo tú me has debido esta confianza,
Arcas, y ahora tu prudente zelo
Mostrarme debes. Sabes que la reina,

Tu lealtad en Esparta conociendo,
Te dió el lugar que tienes á mi lado.
Toma esta carta. Sal, corre á su encuentro
Y prosigue el camino de Micena
Sin detenerte; pero en el momento
Que la viéres, impídele que siga,
Entregando en su mano desde luego
Este papel, que de escribir acabo.
Mira no te desvies del sendero,
Un conductor fiel lleva contigo,
Pues si mi hija de Aulide pisa el suelo,
Su muerte viene á ser inevitable.
Cálcas, que aquí la espera, nuestros duelos
Hará callar, y que los dioses hablen.
La religion, mostrándonos su ceño,
Será del Griego tímido acatada.
Por otra parte, renovando aquellos,
Cuya ambicion con mi esplendor se irrita,
Todas sus pretensiones y manejos,
Acaso lograrán arrebatarme
Un poder, que les debe ser molesto....
Ve, líbrala, te digo, de mí mismo,
De mi propia flaqueza; mas te advierto,
Que un indiscreto zelo no te mueva
A revelarle mi fatal secreto.
Que mi hija, si es posible, nunca sepa
El peligro á que yo la hubiera expuesto,
Y que en su engaño viva eternamente.
De una furiosa madre los lamentos
Evítame, y acuerda tu relato
De lo que escrito va con el contexto.
Para hacer que se vuelvan agraviadas
Hija y madre, les digo, que de intento
Aquíles ha variado; hasta su vuelta
Las nupcias, por que ansiaba, difiriendo.
Tú puedes añadir, que sordamente

Se atribuye de Aquíles el despego,
A Erifila, esa jóven que se trajo
El mismo prisionera desde Lésbos,
Y junto á mi hija se custodia en Argos.
Esto basta, callar importa el resto.
Ya el dia crece, nos alumbra é hiere,
Ya tambien alguien viene, ruido siento.
Aquíles es, despeja, parte. Dioses!
Ulíses le acompaña.

ESCENA II.

Aquíles, Ulíses, Agamenon.

AGAMENON.

Como es esto!
Qué, Señor! A Aulide la victoria
Os reconduce con tan pronto vuelo?
Así ensayais vuestro naciente brio?
Cuantos triunfos debemos prometernos
En vista de sucesos tan insignes!
Los dominios tesálicos sujetos
O aplacados, y aun Lésbos conquistada
Al esperar la armada, timbre eterno
Fueran de otro valor, y solamente
Son de Aquíles ocioso, pasatiempos.

AQUILES.

Honrad menos, Señor, mi ruin conquista.
Pueda el cielo, á quien place detenernos
En estas costas, ordenar que un campo
Mas bello y dilatado en breve abierto
Quede á mi corazon, estimulado
Por ese rico y tan honroso premio
Con que os habeis dignado lisonjearle.
Mas en tanto, Señor, que es lo que debo
Inferir de un rumor que me sorprende

Y colma de placer? Con que en efecto
Os habeis ya servido anticiparme
De mis votos el éxito halagüeño?
Con que en breve seré de los mortales
El mas dichoso? Dicen que, debiendo
Ser á Aulide Ifijenia conducida,
A su suerte unirá la mia presto.

AGAMENON.

Mi hija! quien os ha dicho que traida
Debe aquí ser?

AQUILES.

Señor, que tiene empero
Ese rumor que sorprenderos deba?

AGAMENON á Ulíses.

Justo cielo! si acaso estará impuesto
De mi fatal ardid?

ULISES.

No sin justicia
Agamenon se admira, á lo que entiendo.
En los males que á todos nos aquejan
Por ventura pensais? Qué tiempo, o cielo!
Escogeis vos, Señor, para unas bodas?
Mientras que el mar, constantemente adverso
A nuestras naves, en la Grecia entera
Ocasiona inquietudes y recelos,
Y aniquilando va nuestras escuadras:
Cuando sacrificar tal vez debemos
Alguna sangre, y sangre muy preciosa,
Para ver si logramos á lo menos
Aplacar de los dioses la inclemencia;
Aquíles solo, Aquíles con desvelo
A los cuidados de su amor se aplica!
Será acaso, que mira con desprecio
El público temor? O bien quisiera
Que el gefe de los Griegos, ofendiendo
A los hados, la pompa y los festines

Viniese á preparar de un himeneo?
Ah, Señor! es así que sois sensible,
Que os doleis de los males de los Griegos,
Y que sabeis amar á vuestra patria?

AQUILES.

En los campos de Frijia los efectos
Darán á conocer quien mas la amare
Entre Ulíses y yo. En tanto os dejo
Ostentar vuestro zelo. Con descanso
Podeis hacer por ella vuestros ruegos.
Cubrid de sangre y dones los altares:
Vos mismo de las víctimas atento
Examinad las lívidas entrañas;
Y de esta larga calma de los vientos
Preguntadles la causa. A mí, que á Cálcas
Semejante cuidado le reservo,
Permitidme, Señor, sí, permitidme,
Que corra á festinar un himeneo
De que los dioses no podrán airarse.
Y pues que me arrebata un ardimiento,
Que no es posible permanezca ocioso,
Con los Griegos en este mismo puerto
Dentro de poco volveré á juntarme;
Y tendria bastante sentimiento
Si algun otro guerrero el pie pusiese
En las troyanas costas el primero.

AGAMENON.

Por qué razon, o cielo! á tales héroes
Han de cerrar tus celos encubiertos
El camino del Asia? Habré yo visto
Solamente brillar tan noble aliento
Para mayor dolor al retirarme.

ULISES.

Dioses! qué oigo?

AQUILES.

Qué osais decir con eso?

AGAMENON.

Que ya es forzoso, príncipes, forzoso
Que nuestra retirada ejecutemos;
Pues ha muy largo tiempo que esperamos,
A vanas esperanzas dando asenso,
Los vientos, que no obstante, se nos niegan.
El cielo á Troya ciertamente ha puesto
Bajo su proteccion, y sus enojos
Vedándonos están con mil agüeros
Buscar los medios de pisar sus playas.

AQUILES.

Cuales son los anuncios tan siniestros
Que del cielo la cólera nos muestran?

AGAMENON.

A vos mismo podeis pedir consejo
Sobre lo que de vos tiene predicho.
Para qué lisonjearnos? Ya sabemos
Que las deidades tienen acordado
A vos solo de Ilion el rendimiento;
Mas se sabe tambien que no os conceden
Tan admirable triunfo, sino á precio
De perecer en los troyanos campos,
Debiendo vuestra vida ser en ellos
Segada en flor, al paso que seria
Feliz y dilatada en otro suelo.

AQUILES.

Con que así tantos reyes, congregados
Para vengaros, volverán cubiertos
De oprobio eterno! y Páris asimismo,
Logrando el triunfo de su amor protervo,
De vuestra esposa retendrá á la hermana
Con toda impunidad!

AGAMENON.

Qué! vuestro esfuerzo,
Que nos ha prevenido, de venganza
No ha sabido dejarnos satisfechos?

Las desgracias de Lésbos, asolada
Por vuestra mano, á todo el mar Ejeo
Asustan todavia. Troya misma
La llama viera, y la ola hasta sus puertos
Las ruinas y los muertos ha arrojado.
Mas qué digo, Señor? No solo es eso.
Los Troyanos sin duda de otra Helena
La pérdida tambien están sintiendo:
De aquella prisionera, que á Micena
Habeis enviado, pues á lo que creo,
Esa jóven beldad en vano oculta
Lo que descubre su carácter fiero;
Y su mismo silencio, delatando
Su noble estirpe, nos está diciendo,
Que una ilustre princesa nos encubre.

AQUILES.

No, muy ingeniosos son esos rodeos.
Os considero en realidad distante
De penetrar del cielo los misterios.
A mí me detendrán vanos amagos!
Y del honor que tras los pasos vuestros
Esperándome está, me apartaria!
Las parcas, es verdad, lo predijeron
A mi madre, al instante que admitido
Un esposo mortal fuera en su lecho.
Se dice que escoger se me permite,
O largos años de esplendor agenos,
O una breve existencia, que seguida
Ha de ser de un renombre duradero.
Mas como al fin mi muerte es necesaria,
Querré yo, de la tierra inútil peso,
Y demasiado avaro de la sangre
De aquella diosa, á quien la vida debo,
Ir á esperar una vejez oscura
En el paterno hogar; y, siempre huyendo
La senda de la gloria, ningun nombre

Dejar tras mí, muriendo todo entero?
Ah! no inventemos mas esos estorbos,
Que tan indignos son de nuestros pechos.
Habla el honor? Pues basta. Sí, que sea
El solo nuestro oráculo. Los dioses
De nuestras vidas soberanos dueños
Sin duda son; empero nuestra gloria
No está, Señor, sino al arbitrio nuestro.
Para qué con sus órdenes supremas
Hemos de atormentarnos? En hacernos
Inmortales tambien, como ellos mismos,
Unicamente trabajar debemos.
Que ruede la fortuna enhorabuena,
Y nosotros corramos á los puestos
Donde el honor nos llama, y nos promete
Un destino tan grande como el de ellos.
Están en Troya? Pues á Troya corro;
Y aunque mas se me anuncie, solo un viento,
Que me conduzca allá, pido á los dioses.
Y por fin en el caso mas estrecho
De sitiarla yo solo, yo y Patroclo
A vengaros, Señor, nos partiremos.
Pero no, que los hados la han librado
En vuestras manos; y en verdad no anhelo
Sino al único honor de acompañaros.
Ni ya tampoco que aprobeis pretendo
De mi amor los trasportes, que á desviarme
De estas riberas iba; pues inquieto
Aun ese mismo amor por vuestra fama,
Me prescribe, que ahora con mi ejemplo
Dé ánimo á la armada, y me prohibe
Dejaros á merced de los consejos,
Con que alguno pretende intimidaros

ESCENA III.

Agamenon, Ulíses.

ULISES.

Le habeis oido, Señor, está resuelto
A continuar veloz y á toda costa
Su viaje á Troya. Si su amor tememos,
Por un feliz error ese amor mismo
Contra él sus armas nos está ofreciendo.

AGAMENON.

Ay de mí!

ULISES.

Qué inferir de ese suspiro?
Será tal vez del paternal afecto,
Contra vos revelado, alguna queja?
Parten del corazon los sentimientos
Que acabais de expresarnos? Una noche
Trastornado os habrá? Podré creerlo?
Sois deudor á la Grecia de vuestra hija:
Nos la habeis prometido, ved bien esto;
Y Cálcas, descansando en tal promesa,
No cesa de anunciar á nuestros Griegos,
Por quienes diariamente es consultado,
El retorno infalible de los vientos.
Si el efecto es contrario á sus anuncios,
Pensais que Cálcas guarde mas silencio;
Y dejen, sin culparos, sus querellas,
Que querreis aplacar con vano empeño,
Aparecer los dioses mentirosos?
Y quien sabe tampoco los excesos
A que serán los Griegos conducidos
Por un enojo, justo en su concepto,
Si se ven de su víctima privados?
No os expongais á reducir un pueblo
A fallar entre vos y las deidades,

Y mas si de furor se encuentra ciego.
No sois vos finalmente, quien á todos
Con el mas reiterado llamamiento
Del Janto á las orillas nos convoca;
Y que certificais los juramentos
De ciudad en ciudad, que en otros dias
Los amantes de Helena hubieran hecho,
Cuando en tropel á Tindaro, su padre,
Casi todos los Griegos la pidieron,
Rivales esa vez de vuestro hermano?
Juramos desde entónces los derechos
Defender de cualquier feliz esposo
Que consiguiese resultar electo;
Y tambien le ofrecimos la cabeza
De otro cualquiera, que el atrevimiento
Tuviese de robarle su conquista.
Pero, á no ser por vos, qué miramientos
Pudiéramos tener por ese voto,
Que nos dictó el amor, ya de él exentos?
Solo vos, apartándonos de amores
Mas recientes, haceis que abandonemos
A nuestros tiernos hijos y consortes.
Y cuando á estos lugares concurriendo
De todas partes, el honor tan solo
De vengaros, Señor, nos proponemos:
Cuando al daros la Grecia su sufragio,
Os presta ya su reconocimiento
Como al autor de una obra tan insigne;
Y sus reyes al paso que pudiendo
Disputaros el rango, por serviros,
A derramar su sangre están dispuestos;
Agamenon, él solo, rehusando
La victoria, á comprar honor tan bello
Con un poco de sangre no se atreve;
Y abandonado desde luego al miedo
Nos manda solo para despedirnos?

AGAMENON.

Ah, Señor! fácilmente vuestro pecho
Magnánimo se muestra, por no hallarse
A la desgracia que me oprime expuesto.
Mas si viéseis cercano de las aras
A vuestro hijo Telémaco, cubierto
Con la venda mortal, en ese punto
Os viéramos, atónito al aspecto
De esa imágen horrible, en llanto amargo
Convertir un lenguaje tan soberbio,
Correr á echaros entre el hijo y Cálcas,
Y sentir el dolor que experimento.
Mi palabra, Señor, está empeñada
Vos lo sabeis muy bien; y así me presto
De mi hija al sacrificio, si ella viene.
Mas si en Argos, no obstante mis aprestos,
La retuviese su feliz destino,
O la para en el tránsito, viniendo,
Permitidme, que lejos de afanarme
Por tan cruel espectáculo, el evento
En beneficio de mi sangre explique;
Y que aceptar por mi hija ose á lo menos
La ayuda de otro dios mas apacible,
Que cuide de su vida. Mas imperio
Vuestros consejos sobre mí han tenido
De lo que fuera justo, y me avergüenzo....

ESCENA IV.

Agamenon, Ulíses, Euribates.

EURIBATES.

Señor.....

AGAMENON.

Ah! que es lo que á decirme vienen!

EURIBATES.

La reina á quien adelantado vengo,

Breve pondrá su hija en vuestros brazos.
Ya no tarda. Perdida un corto tiempo
Estuvo en ese bosque, que parece
Cerrar la entrada del acampamento;
Y entre sus densas sombras, no sin pena,
Otra vez encontramos el sendero
De que ya nos habiamos desviado.

AGAMENON.

Cielo!

EURIBATES.

.... Tambien en su acompañamiento
Aquella jóven Erifila trae
Que Aquíles hizo prisionera en Lésbos,
La cual á preguntar á Cálcas viene
Su destino, que dice, le es incierto.
Ya es notoria la nueva de su arribo;
Y un tropel de soldados placenteros,
Sobre todo admirando de Ifijenia
La belleza, mil súplicas al cielo
Dirije por su próspera fortuna.
Los unos respetuosamente en cerco
A la reina tenian: de su viage
Me preguntaban otros el objeto;
Mas todos confesaban, que si nunca
Sobre el trono los dioses erigieron
A mas glorioso rey, ni que haya sido
A par de vos favorecido de ellos;
Jamas tampoco fué padre ninguno
Mas dichoso que vos.

AGAMENON.

Basta con eso.
Bien podeis retiraros, Euribates.
Me toca, y voy á meditar el resto.

ESCENA V.

Agamenon, Ulíses.

AGAMENON.

Justo cielo! es así que asegurando
Tu venganza, los medios has deshecho
De mi vana prudencia! Si siquiera,
Aun libre en mi desgracia, algun consuelo
Pudiera dar á mi dolor el llanto!
O reyes! que destino tan funesto!
De los rigores de la suerte esclavos
Y del concepto público, nos vemos
Sin cesar acosados de testigos;
Y los mas infelices osan menos
Manifestar con lágrimas su angustia.

ULISES.

Yo soy padre, Señor, y me confieso
Débil como cualquiera. Sin violencia
Mi corazon se pone en vuestro extremo,
Y temblando del golpe que os obliga
A suspirar así, me hallo muy lejos
De improbar esas lágrimas, y cerca
De verterlas tambien. Mas vuestro afecto
Ya no tiene legítimas excusas,
Pues los dioses su víctima trajeron
A Cálcas, quien lo sabe, y quien la espera;
Y si mira que tarda, no dudemos
Que venga él mismo á reclamarla á gritos.
Solos estamos aun por el momento.
Apresuraos á verter el llanto,
A que os provoca un interes tan tierno.
Lamentad esa sangre, sí lloradla;
O mas bien contemplad firme y sereno
La gloria que seguirse de ella debe.
Ved convertido bajo nuestros remos

En arjentada espuma el Helesponto,
La falsa Troya abandonada al fuego,
A esclavitud sus pueblos reducidos.
Humillado ante vos el padre de Héctor,
Y á su consorte restituida á Helena
Por vuestra mano: ved con vos ya vueltos
Vuestros bajeles á esta misma Aulide,
Sus popas coronadas de trofeos,
Y esa feliz victoria finalmente,
Que va á ser en los siglos venideros
De eternas conferencias el asunto.

AGAMENON.

De mis conatos la impotencia veo.
Ya me rindo, Señor, y la inocencia
Tiranizar por las deidades dejo.
No teneis que esperar. Dentro de poco
Irá tras vos la víctima á su puesto.
Pero entretanto haced callar á Cálcas;
Y á ocultar ayudándome un misterio
Tan infausto, dejadme que á una madre
De las aras desviar pueda á lo menos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Erifila, Dóris.

ERIFILA.

Retirémonos, Dóris, porque puede
Causarles embarazo nuestra vista.
En los brazos de un padre y de un esposo
Dejémoslas; y en tanto que se explica
Su amor á competencia, queden libres
Mi tristeza igualmente y su alegría.

DORIS.

Qué, Señora! es posible que agravando
Siempre vuestro dolor, esteis creída
De ver motivos de llorar en todo?
Bien sé que nada place á una cautiva,
Y que no la acompaña gusto alguno
En sus cadenas. Pero todavía,
En el tiempo fatal en que los mares
Atravesamos, sin querer, seguidas
Del vencedor de Lésbos, y en su nave,
Tímida prisionera, á ese homicida
Mirábais ante vos, podré decirlo?
No tan copiosas lágrimas vertian
Vuestros ojos, y menos ocupados
Estaban en llorar vuestras desdichas.
Y al presente, que todo os lisonjea:
Que la amable Ifijenia á vos unida
Con sincera amistad, os compadece,

Y con un interes de hermana os mira:
Que con demostraciones mas afables
No seriais tratada en Troya misma:
Que quereis ver la Aulide do su padre
Manda que venga, y en su compañía
Os acaba de ver llegar la Aulide,
Una suerte, que me es desconocida,
Vuestra congoja acrece por instantes?
ERIFILA.
Pero qué! te parece que Erifila
Deba mirar tranquila su contento,
Estando á la desgracia reducida?
Te persuades que deben disiparse
Mis penas al aspecto de una dicha
De que gozar no puedo? Entre los brazos
De su padre Ifijenia es recibida;
Y ella forma tambien por otra parte
Todo el orgullo de una madre altiva.
Pero yo, siempre expuesta á nuevos riesgos,
Desde la cuna á extraños cometida,
Tengo y veo la vida que respiro,
Sin que padre ni madre una sonrisa
Se haya jamas dignado dispensarme.
No sé quien soy: Por colmo de ignominia
Un oráculo horrible me condena
A durar en mi error mientras exista;
Pues cuando quiero investigar mi estirpe,
Dice, que solo á precio de mi vida
Me será permitido conocerme.
DORIS.
No, no ceseis por nada de inquirirla.
Un oráculo siempre se complace
En ocultarse, y siempre nos indica
Un sentido bajo otro diferente.
Todo el peligro que temeis, seria,
Dejar un falso nombre por el vuestro;

Y acaso debe ser así entendida
Esa muerte. Pensad que vuestro nombre
Fue cambiado en la infancia.

ERIFILA.

Esa noticia,
Es la única que tengo de mi suerte.
Lo demas solamente lo sabia
Vuestro padre, testigo infortunado,
Quien no quiso franquearse á mis pesquisas.
Ay de mí! que segun me aseguraba,
Yba á serme mi gloria restituida
En Troya, que me estaba ya aguardando.
Allí reconocer en mí debia
La sangre de los reyes mas insignes,
Recobrando mi nombre, y constituida
En mi rango. Mas cuando ya á lo lejos
Esa ciudad famosa descubria,
El cielo lleva al inclemente Aquíles
A Lésbos, donde todo participa
De su fatal esfuerzo, y se le rinde.
Tu padre en medio del combate espira,
Dejándome en cadenas, y á mí propia
Para mayor dolor desconocida.
Esclava miserable de los Griegos,
Ya de tantas grandezas consentidas,
Conservar la fiereza apenas puedo
De una estirpe de pruebas destituida.

DORIS.

Al miraros, Señora, sin la ayuda
De un testigo tan fiel, ah! cuan impía
Os debe parecer aquella mano
Que os le ha quitado! Aquí, no obstante, habita
El afamado Cálcas, á quien siempre
Los dioses sus arcanos comunican.
El mismo cielo le habla muchas veces,
Y claramente ve con tal doctrina

Todo lo que ha pasado y lo futuro.
Podrá ignorar á quienes es debida
Vuestra existencia? El campamento mismo
De protectores multitud os brinda;
E Ifijenia, que en breve con Aquíles
Desposada ha de estar, una acogida
Bajo su apoyo presentaros debe.
Os lo ofreció y juró en presencia mia;
Y así obtenerlo espera como prenda
Primera de su fe.

ERIFILA.

Mas que dirias
Si, lo demas dejando, ese himeneo
Fuese la mas fatal de mis desdichas?

DORIS.

Qué, Señora!

ERIFILA.

Tú miras con asombro
Que mi dolor ningun consuelo admita.
Escucha pues, y admira que respire.
Poco importa que en pàis extraño viva,
Prisionera y de todos ignorada.
Ese genio fatal que envuelta en ruinas
A la infelice Lésbos ha dejado,
El autor de tus penas y las mias,
Aquíles, cuya mano ensangrentada
Me impuso la cadena de cautiva,
Quien con tu padre me arrancó el secreto
De mi linage: de quien deberia
Serme todo, hasta el nombre, aborrecible,
Es, no obstante, quien mas amor inspira
A mi pecho entre todos los mortales.

DORIS.

Qué me decis?

ERIFILA.

Yo estuve persuadida

Constantemente, que un silencio eterno
Esta debilidad sepultaria.
Pero mi corazon en suma angustia
A hacerte este discurso me precisa;
Y si esta vez se explica así contigo,
Callar en adelante determina.
No me preguntes bajo que esperanza
A ese funesto amor me ví rendida.
No culpo de ello las fingidas penas
Con que mis infortunios ver creía
Honrados por Aquíles; pues el cielo
Sin duda con crueldad se regocija
En prodigarme rasgos de su saña.
Recordaré yo aun el negro dia
En que á las dos nos puso en cautiverio?
De razon y de vida destituida
Por dilatado tiempo, entre las manos
Permanecí del cruel que me oprimia.
En fin abrí los ojos, y al mirarme
Por un ensangrentado brazo asida,
Temblé, Dóris, y el hórrido semblante
De un brutal vencedor mirar temia.
Detestando su furia entré en su nave,
Recatándome siempre pavorida.
Hube de verle al cabo, mas su aspecto
Rasgo ninguno de feroz tenia.
En mi boca espirar sentí el reproche:
Sentí que el corazon contra mí misma
Se declaraba. Entónces olvidando
Mis enojos, llorar solo sabia.
No tuve repugnancia ya en que fuese
Por tan amable guia conducida.
En Lésbos yo le amé: le amo en Aulide.
Asi Ifijenia en vano se me brinda
Para favorecerme, y una mano
A aliviarme dispuesta me ministra.

Efecto desdichado y miserable
De los furores que me martirizan!
Solo acepto la mano que me ofrece
Para armarme contra ella, y con insidias
Burlar su dicha, que sufrir no puedo.

DORIS.

De que os podrán servir tan vanas iras?
Y no fuera mejor que, allá en Micena
Encerrada, evitaseis las fatigas
Que venis á buscaros, combatiendo
Una llama á ocultarse constreñida?

ERIFILA.

Yo lo queria, Dóris, mas por triste
Que me fuese la imágen, que podria
Presentarme su gloria en esta costa,
Por el destino me sentí impelida,
Y convenir con él me fué forzoso.
Una secreta voz me prevenia
Que partiese. Me dijo que, ofreciendo
Mi presencia importuna en esta orilla,
Tal vez le traeria mi infortunio;
Y que acaso tambien sucederia,
Que entre esos dos amantes fortunados
Alguna de mis cuitas repartida
Fuese en el acto que los acercase.
Solo esto mi venida aquí motiva,
No la impaciencia de saber á quienes
Deudora soy de mi infelice vida:
Y en todo caso, Dóris, su himeneo
Me servirá de ley. Si se realiza,
Basta; ya para mí todo es concluido.
Pereceré sin duda, y mi ignominia
Encerrada en la noche del sepulcro
Será por una muerte repentina,
Sin buscar á unos padres ignorados

Por tanto tiempo, á quien con demasía
Este mi insano amor ha deshonrado.

DORIS.

Cuanto de vos, Señora, se lastima
Mi corazon! Y cuanto por salvaros......

ERIFILA.

A Agamenon con Ifijenia mira.

ESCENA II.

Agamenon, Ifijenia, Erifila, Dóris.

IFIJENIA.

Donde correis, Señor? Que diligencias
De estos abrazos desde luego os privan?
A qué debo atribuir tan pronta fuga?
Mi respeto dejó que su alegría
Explicase la reina, y es posible
Que á mi vez deteneros no consiga
Un instante siquiera? Osar no debe
Ostentarse ante vos mi alma festiva?
No puedo yo?.........

AGAMENON.

Hé bien! á vuestro padre
Estrechad en los brazos, hija mia.
El siempre os ama.

IFIJENIA.

Cuan inestimable
Es para mí ese amor! Que complacida
Al miraros estoy, y al contemplaros
Brillar en esa pompa peregrina!
Qué autoridad! Qué honores! Ya la fama
Me tenia de todo bien instruida
Mediante sus pasmosas relaciones.
Mas, como siento que la cercanía
De este grato espectáculo, al extremo

Mi admiracion y mi contento excita!
Dioses! con cuanto amor Grecia os venera!
Que venturosa soy por ser vuestra hija!

AGAMENON.

Hija mia, de un padre mas dichoso
Por el contrario os considero digna.

IFIJENIA.

Y que ventura á vuestros votos falta?
O que monarca pretender podria
Mayores dignidades? Solo creo
Deber mostrarme al cielo agradecida.

AGAMENON, aparte.

Para el trance funesto que la espera
Deberé, grandes dioses! prevenirla?

IFIJENIA.

Os recatais, Señor, como angustiado:
Todas vuestras miradas se me esquivan.
Sin vuestra órden dejamos á Micena?

AGAMENON.

Hija mia, mis ojos siempre os miran
Del propio modo; pero se han mudado
Los lugares y el tiempo, y combatida
Mi alegría está aquí de un cruel recelo.

IFIJENIA.

Hé! padre mio, permitid que os diga,
Que olvideis á mi vista vuestro rango.
Yo preveo muy bien la tiranía
De una separacion tan dilatada.
Y ser padre un momento os ruboriza?
Una jóven princesa, á quien hubiera
Ponderado el amor que os merecia,
Es solamente quien está delante.
Cien veces mis cuidados prometida
Vuestra bondad le tienen, y otras tantas
Me he gloriado á sus ojos de mi dicha.
Que va á pensar de vuestra indiferencia?

Quedarán mis promesas desmentidas?
Y no serenareis aquel semblante
En que el fastidio y el dolor se pintan?

AGAMENON.

Ah, hija mia!

IFIJENIA.

Seguid, Señor.

AGAMENON.

No puedo.

IFIJENIA.

Perezca Troya que nos intimida!

AGAMENON.

Se sabe que á sus propios vencedores
No poco llanto costará su ruina.

IFIJENIA.

Pero los dioses especial cuidado
Se dignarán tener de vuestra vida.

AGAMENON.

Hace tiempo que, sordos á mis ruegos,
Los dioses sin piedad se me conspiran.

IFIJENIA.

Se dice que un pomposo sacrificio
Prepara Cálcas.

AGAMENON.

Antes su injusticia
Apaciguar el cielo me conceda!

IFIJENIA.

Se ofrecerá muy pronto?

AGAMENON.

Todavía
Con mas celeridad de la que quiero.

IFIJENIA.

Me será permitido en ese dia
Unirme yo tambien á vuestros votos?
Allí estará vuestra feliz familia?

AGAMENON.

Ay de mí!

IFIJENIA.

Enmudeceis?

AGAMENON.

Vos, hija mia,
Allí estareis. Adios.

ESCENA III.

Ifijenia, Erifila, Dóris.

IFIJENIA.

Qué conjetura
Deberé yo formar de esta acogida?
De un secreto pavor temblar me siento;
Y, á mi propio pesar, de una desdicha
Que no conozco me hallo temerosa.
Vosotras, ó deidades de justicia,
Bien sabeis para quien es que os imploro.

ERIFILA.

Es posible que así os atemoriza
Solo alguna frialdad, de los cuidados
Que deben abrumarle, procedida!
Ay de mí desdichada! á qué ansiedades
No estoy yo condenada mientras viva,
Yo que siempre olvidada de mis padres,
Y en cualquiera lugar advenediza,
Una mirada cariñosa acaso,
Aún naciendo, no les deberia?
En cuanto á vos, si vuestras atenciones
No han sido por un padre recibidas;
A lo menos podeis en el regazo
De una madre quejaros todavía;
Y en cualquiera desgracia finalmente,
Que vuestro corazon, Señora, aflija,
Qué lágrimas no enjuga un fiel amante?

IFIJENIA.

A eso no me opondré, bella Erifila :
Y aun pienso que mi llanto á los cuidados
De Aquíles poco tiempo se resista.
No menos que su gloria y su cariño,
Mi deber y mi padre justifican
Ese poder, que sobre mi alma tiene.
Mas qué pensar de él mismo convendria ?
Un amante que ansiaba por mirarme,
A quien de esta ribera no podian
Arrancar las instancias de los Griegos,
Y á quien la órden de un padre me precisa
A que venga á buscar desde tan lejos,
A gozar se apresura de una vista,
De que yo le creia tan ansioso ?
En cuanto á mí, durante los dos dias
Que, á la venida, Aulide á nuestros ojos
Su aspecto suspirado descubria,
Por todas partes siempre le esperaba,
Y sin cesar las sendas que aquí guian,
Con tímidas miradas recorriendo,
Lejos el corazon volando se iba
Por delante de mí, para buscarle,
Y á todo por Aquíles requeria.
Arribo en fin sin que él se me anticipe.
Por una multitud desconocida
Penetro con trabajo, y no le miro.
El triste Agamenon como que evita
Su nombre pronunciar en mi presencia.
Que es lo que Aquíles hace ? Quien podria
Darme la explicacion de este misterio ?
Con esa indiferencia desabrida,
Que hallo en el padre, encontraré al amante
Hen un dia las bélicas fatigas
Yabrán dejado en todos esos pechos
De amor la llama y la ternura extintas ?

Pero no, mis recelos son injustos,
Y con ellos le ofendo. A mí es debida
La ayuda que ha prestado de sus armas.
El no estaba en Esparta entre las filas
De esos amantes, cuando sus protestas
Por el padre de Helena se admitian.
El solo pues, de su palabra dueño,
Si parte á Ilion, si allí se precipita,
Es por mí únicamente; y satisfecho
Con premio, que tan dulce se imagina,
Llevar de esposo mio quiere el nombre.

ESCENA IV.

Clitemnestra, Ifijenia, Erifila, Dóris.

CLITEMNESTRA.

Hija mia, por nada detenidas
Debemos ser! Partamos y en la fuga
Vuestra gloria salvemos y la mia.
Que vuestro padre atónito, parezca
Que á su pesar nos ve, ya no me admira,
Pues se halla temeroso de exponernos
A los desaires de una negativa.
Esta carta por Arcas me habia enviado;
Mas el pasó, dejándonos perdidas,
Y de dármela acaba en este instante.
Libertemos, dejad que os lo repita,
Nuestra gloria ultrajada, pues Aquíles
Ya piensa de manera muy distinta
Sobre vuestro himeneo, y rehusando
El honor que otorgársele queria,
Pretende retardarle hasta su vuelta.

IFIJENIA.

Qué oigo?

CLITEMNESTRA.

Pues este ultraje os ruboriza,

Armad vuestro valor de un noble orgullo.
Yo misma del ingrato entré en las miras:
En Argos por mi mano os fué ofrecido;
Y mi eleccion, al ruido complacida
De su nobleza, con extremo gusto
Al hijo de una diosa os concedia.
Mas pues infamemente se arrepiente,
Y deja de los dioses desmentida
La sangre, de que quieren que proceda,
A mostrar quienes somos nos excita,
Y, para que tan solo en él veamos
El último mortal, nos autoriza.
Le haremos presumir con mas tardanza,
Que espera vuestro anhelo á que se os rinda
Su corazon de nuevo? No, rompamos
Con gusto un himeneo que él esquiva.
Ya sabe vuestro padre mi designio:
Le aguardo solo para que reciba
Mis adioses, y parto á disponerlo
Todo para esta súbita partida.

A Erifila.

A seguiros, Señora, no os obligo.
Mi ausencia os deja en manos mas queridas.
Vuestra intencion secreta ya es bien clara,
Y no es por Cálcas que la Aulide os mira.

ESCENA V.

Ifijenia, Erifila, Dóris.

IFIJENIA.

A que funesta situacion me deja
Lo que de oir acabo reducida!
Ya piensa Aquíles sobre mi himeneo
De otro modo! Volver con ignominia
Para Micena debo! Y no es por Cálcas
Que aquí vuestro cuidado solicita!

ERIFILA.

Nada puedo entender de ese discurso.

IFIJENIA.

Querer, para entenderme, os bastaria.
Un esposo me roba el hado injusto.......
Sola me dejareis en mi desdicha?
No os pudísteis quedar sin mí en Micena:
Se nos verá, sin vuestra compañía,
A la reina y á mí partir de Aulide?

ERIFILA.

Partir, sin ver á Cálcas, no querria.

IFIJENIA.

Por que tardais, Señora, en avisarle?

ERIFILA.

Vuestra marcha al instante se realiza.

IFIJENIA.

Un instante, Señora, algunas veces
Deja mas de una duda esclarecida.
Mas veo que os estrecho demasiado:
Veo lo que jamas pensar queria
Aquíles.......Mi tardanza os desespera.

ERIFILA.

Y me juzgais capaz de esa perfidia!
Podré yo tributar mi amor, Señora,
A un vencedor, á quien mi fantasía
Mira siempre feroz y ensangrentado,
A quien á Lésbos convirtió en cenizas,
De fuego armado y de matanza ansioso?.....

IFIJENIA.

Sí, le amais ciertamente, fementida;
Y esos furores que me estais pintando,
Esas manos que en sangre vísteis tintas,
Ese incendio, esa Lésbos y esos muertos,
Los fuertes rasgos son con que esculpida
Dejó el amor su imágen en vuestra alma;
Y gustais de tenerme entretenida

Con memoria tan cruel, debiendo odiarla.
Vuestras forzadas quejas deberian
Mas de una vez mostrarme, y me han mostrado
Los secretos designios, que os animan;
Mas mi bondad, condescendiente siempre,
Sobre mis ojos á poner volvia
La venda de que yo me despojaba.
Vos le amais.....Que hice yo? A mi enemiga
Por qué fatal error abrí mis brazos?
Mi corazon aun hoy le prometia
La proteccion de su perjuro amante.
Ved pues el triunfo á que era conducida?
Yo misma á vuestro carro me he ligado.
Os perdono, ay de mí! vuestra codicia,
Y que me hurteis el corazon que pierdo.
Mas que, sin advertirme de la intriga,
Me hayais dejado atravesar la Grecia
En busca del traidor, que mi venida
Aguarda solo para abandonarme,
Tiene perdon, aleve, esta ignominia?

ERIFILA.

Me dais nombres que deben asombrarme,
Señora. Yo no estaba prevenida
Ciertamente para oirlos, pues los dioses,
Aunque tiempo ha, que contra mí se indignan,
Me habian librado de ellos hasta ahora.
Pero excusarse debe la injusticia
De los amantes. Qué debí advertiros?
Pensais que Aquíles preferir podria
De Agamenon á la preclara sangre
Una jóven sin nombre de familia,
Quien penetrar apenas ha podido
De todo su destino, que deriva
De una sangre de que él está sediento?

IFIJENIA.

Habeis triunfado, y no contenta, impía,

Insultais mi dolor. Mi desventura
No habia conocido todavía
En toda su extension hasta este instante.
Esa comparacion que os suministra
Vuestro actual cautiverio y mi grandeza,
Solo la haceis, para que mas estima
A vuestro injusto triunfo se conceda.
Con todo, demasiado se anticipan,
A mi modo de ver, vuestros trasportes.
El mismo Agamenon, á quien se humilla,
Es mi padre, me quiere, manda en Grecia,
Y siente mi afliccion mas que yo misma.
Mi llanto de antemano le ha movido.
Sorprendí sus suspiros que queria
Ocultarme. Ay de mí! vituperando
Entónces la frialdad de su acogida,
De su poco cariño osé quejarme.

ESCENA VI.

Aquíles, Ifijenia, Erifila, Dóris.

AQUILES.

Con que es, Señora, cierta la noticia,
Y sois vos misma la que estoy mirando?
Error en todo el campo suponia.
Vos en Aulide! Vos! Con que designio?
De qué nace, que cosa muy distinta
Agamenon me hubiese asegurado?

IFIJENIA.

Serenaos, Señor, que ya cumplidas
Vuestras ansias serán, pues que Ifijenia
Para salir de aquí va á darse prisa.

ESCENA VII.

Aquíles, Erifila, Dóris.

AQUILES.

Huye de mí! Estoy despierto ó sueño?
En cuantas confusiones sumergida
De nuevo queda mi alma con su fuga!
Señora, yo no sé si vuestras iras
Con su presencia Aquíles mover puede.
Pero si es que atender no os mortifica
Los ruegos que os dirige un enemigo,
Y si él mismo tambien de su cautiva
Compasion ha tenido muchas veces,
Vos sabeis que negocio aquí la guia,
Sabeis......

ERIFILA.

Y qué, Señor? á vos se oculta,
A vos que sin sosiego en esta orilla
Durante un mes, habeis logrado al cabo
Y tambien festinado su venida?

AQUILES.

De esta propia ribera estuve ausente
Por espacio de un mes, y ayer fué el dia
Que por la vez primera he vuelto á verla.

ERIFILA.

Qué! cuando Agamenon les escribia
Vuestro amor á Micena, aquella mano
No ha sido por la vuestra conducida?
Pues qué! vos que adorais los atractivos
De su hija.....

AQUILES.

Mas que nunca todavía
Me hallo, Señora, de ella enamorado.
Vos bien lo veis; y dado que seguida
Mi intencion del efecto hubiese sido,

Le hubiera anticipado en Argos misma.
No obstante, se me evita. Qué delito
He cometido yo? Por qué me sitian
Por todas partes enemigos ojos?
Qué digo yo? Poco ha que combatian
Cálcas, Néstor y Ulíses mi cariño,
Empleando su ingeniosa persuasiva;
Y como que intentaban indicarme,
Que, si mi gloria consultar queria,
Renunciarle por ella era forzoso.
Qué proyecto sobre esto formarian?
Soy la burla del campo sin saberlo?
Entremos otra vez, que me precisa
Saber á toda costa este secreto.

ESCENA VIII.

Erifila, Dóris.

ERIFILA.

Dioses, que estais mirando mi ignominia
A donde debo ir á sepultarme?
Fiera rival, se te ama, y aun suspiras!
Como es posible que tus glorias sufra
Al mismo tiempo que tus invectivas?
Ah! mas bien......Pero, Dóris, ó yo gusto
De lisonjearme, ó ya se precipita
Y estalla alguna tempestad sobre ellos.
Yo lo veo muy bien. No es muy tranquila
Esa felicidad. Y pues se engaña
A Ifijenia, de Aquíles no se fia
Y llora Agamenon, no desespero.
Si la suerte y mi saña se conspiran
En contra de ella, de esta inteligencia
Sacaré una ventaja decisiva,
A fin de no llorar yo solamente,
Ni sin vengarme terminar la vida.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Agamenon, Clitemnestra.

CLITEMNESTRA.

Sí, Señor, nos marchábamos, y en breve
Mi justo enojo á Aquíles y este campo
Dejando lejos de nosotras, mi hija
Corria á lamentar su afrenta en Argos.
Pero Aquíles él mismo de una fuga,
Tan pronta á la verdad, maravillado,
Por cuantos juramentos repetidos,
Que ni dudas siquiera me dejaron,
De convencerme acaba y detenernos!
El insta por que sea realizado
Al punto este himeneo, que pretenden
Que él difiere, y os está buscando,
Inflamado de amor y de corage.
Resuelto á hacer callar rumor tan falso,
Conocer al autor Aquíles quiere,
Y tambien confundirle, desterrando
Sospechas que turbaban nuestro gozo.

AGAMENON.

Basta: á que se le crea ya me allano.
Reconozco el error que nos cegaba.
De vuestro gozo participo tanto
Cuanto posible me es. Quereis que Cálcas
Le una á mi casa con sagrado lazo;
Vos podeis al altar enviar vuestra hija;

Yo la espero. Mas antes que otro paso
Sobre esto adelantemos, me he propuesto
Sin mas testigos un momento hablaros.
Ya veis á que lugar la habeis traido.
Todo aquí de la guerra es un retrato
Y no del himeneo. Ese tumulto
De un campo, marineros y soldados,
Un altar que se vé por todas partes
Erizado de lanzas y de dardos,
En fin ese espectáculo, que en todo
Pompa digna de Aquíles contemplamos,
No bastante pacífico parece,
Para mostrarse á vuestros ojos grato;
Y los Griegos verian á la esposa
De su propio monarca en un estado
No menos que de mí de vos indigno.
Quereis creerme? Consentid quedaros;
Y á que Ifijenia marche al himeneo
Solo con vuestras damas, resignaos.

CLITEMNESTRA.

Quien? yo! Que lo que comencé no acabe!
Que deposite mi hija en otros brazos!
Y que, despues de haberla conducido
Desde Micena á Aulide, haya reparo
Para servirle hasta el altar de guia!
Debeis hallaros vos mas inmediato
Que yo de Cálcas? Mas á quien entónces
Mostrar mi hija á su esposo será dado?
Quien otra ordenará la pompa sacra?

AGAMENON.

No os encontrais de Atreo en el palacio.
Esto que veis es solo un campamento....

CLITEMNESTRA.

Donde todo os está subordinado:
Donde del Asia entera los destinos
Se han entregado en vuestras solas manos:

Donde veo marchar toda la Grecia,
Siguiendo vuestros únicos mandatos:
Donde el hijo de Tétis debe darme
El título de madre en breve espacio.
En qué palacio tan suntuoso y lleno
De mi grandeza, con mayor boato
Me es posible jamas manifestarme?

AGAMENON.

En nombre de los dioses que han formado
Nuestra estirpe, Señora, aquesta gracia
A mi cariño conceder dignaos.
Yo tengo mis motivos.

CLITEMNESTRA.

Pues en nombre
De esas deidades, no dejeis privados
De tan dulce espectáculo mis ojos.
Y dignaos, Señor, no avergonzaros
De que aquí vuestra esposa se presente.

AGAMENON

De vos mas complacencia habia esperado,
Mas pues no puede la razon moveros,
Y pues tan poco, cuando os ruego, valgo,
Habeis oido ya lo que os exijo,
Señora: yo lo quiero y os lo mando.
Obedeced.

ESCENA II.

CLITEMNESTRA sola.

De donde es que proviene
Que de las aras con tan cruel cuidado
El temerario Agamenon me aparte?
Desvanecido con su nuevo rango,
Tiene él la audacia de desconocerme?
Por poco digna me reputa acaso
De que en su comitiva me presente?
O del imperio, tímido gozando,

De Helena aquí mostrar no osa la hermana!
Y para qué ocultarme? Es necesario
Que su ignominia sobre mí refluya?
Esto es una injusticia; sin embargo
Nada importa, supuesto que él lo quiere,
Y que resuelta á complacerle me hallo.
Tu suerte venturosa me consuela,
Hija mia, de todo lo que paso.
El cielo quiere concederte á Aquíles,
Y al extremo mi júbilo ha llegado,
Oyéndote llamar.....Mas él se acerca.

ESCENA III.

Aquíles, Clitemnestra.

AQUILES.

Todo cede, Señora, á mis conatos.
El rey no quiere mas explicaciones;
Y á mis trasportes crédito prestando,
Casi sin escucharme, por su yerno
Me acaba de aceptar con un abrazo.
El no me ha dicho mas que una palabra.
Pero decidme vos, os ha contado
La fortuna que al campo habeis traido?
Los dioses van á ser apaciguados.
Cálcas grita á lo menos que con ellos
Dentro de una hora va á reconciliarnos;
Y que los vientos y Neptuno, prontos
A oirnos, la sangre, que su mano
En breve verterá, tan solo esperan.
Ya despliegan las velas nuestras naos,
Y las proas dirigen hácia Troya,
Mediante lo que Cálcas ha afirmado.
Por lo que á mí respecta, aunque confieso,
Que gustara mi amor, que mas retardo
Al retorno del viento el cielo diese;

Y aunque de estos lugares fortunados,
En donde de himeneo las antorchas
Voy á encender, á mi pesar me aparto,
Puedo negarme á la ocasion dichosa
De ir á poner con sangre de Troyanos
El sello á nuestra union, dejando en breve
Bajo la misma Troya sepultado
El deshonor de un nombre unido al mio?

ESCENA IV.

Aquíles, Clitemnestra, Ifijenia, Erifila, Dóris, Ejina.

AQUILES.

De vos, princesa, solamente aguardo
Y depende mi dicha. Vuestro padre
Un esposo ya os tiene destinado
En el altar. Una alma que os adora
Venid á recibir.

IFIJENIA.

De que partamos
No es, Señor, el momento todavía.
La reina no pondrá ningun reparo
En que á pedir á vuestro amor me atreva
Una prenda, que á darme está obligado.
Esta jóven princesa aquí os presento:
De su nobleza el cielo ha puesto rasgos
Sobre su rostro. Lágrimas amargas
Tienen sus ojos sin cesar bañados;
Sabeis sus males, pues que sois la causa.
Yo misma, adonde me ha precipitado
Un ciego enojo! ha poco, sin respeto,
He estado sus desdichas agravando.
Qué no pueda por útiles socorros
Reparar mis discursos temerarios
Tan prontamente como fuera justo!

Hablo por ella, que es á lo que alcanzo.
Para destruir vuestra obra, sois vos solo
Quien se encuentra, Señor, autorizado.
Ella es vuestra cautiva, y sus cadenas
Que á compasion me mueven, de sus manos
Caer veremos en el mismo instante,
En que vos os sirvais así ordenarlo.
Dad pues principio por aquí á este dia.
Que penada no esté mas á mirarnos.
Mostrad que sigo al pie de los altares
A un rey que en medio de causar espanto
A los hombres, su gloria no limita
A los incendios: deja que los llantos
De una esposa enternezcan su victoria;
Y por los infortunios desarmado
Algunas veces, imitar en todo
Sabe á los dioses, que su ser formaron.

ERIFILA.

Sí, Señor, aliviad de los dolores
El mas vivo. La guerra á vuestro carro
Me ha atado en Lésbos; mas de su derecho
Injurioso se abusa demasiado,
Juntándole al tormento que aquí sufro.

AQUILES.

Vos?

ERIFILA.

Sí, Señor, y el resto no contando,
A qué ley mas funesta, saber quiero,
Pudiérais vos haberme sujetado,
Que á ser la miserable espectadora
De la felicidad de mis contrarios?
Por do quier amagar oigo á mi patria:
Una furiosa armada estoy mirando
Marchar contra ella; y veo que himeneo,
Para mayor martirio, en vuestras manos
Ya pone el fuego que abrasarla debe.

Permitidme que, lejos de este campo,
Y distante tambien de vuestra vista,
Siempre desconocida y sin amparo,
Vaya á ocultar mi lastimera suerte,
De que aun os calla la mitad mi llanto.

AQUILES.

Basta, bella princesa, lo que importa
Solo es que nos vengais acompañando:
Que Aquíles os liberte ante los Griegos;
Y que el punto feliz de libertaros
El dulce instante de mi dicha sea.

ESCENA V.

Aquíles, Clitemnestra, Ifijenia, Erifila, Arcas, Ejina, Dóris.

ARCAS.

Todo se halla, Señora, preparado
Para el sagrado rito, y á Ifijenia
El rey en el altar está esperando.
Mas lejos de exigirla, contra él mismo
Y para ella, Señor, vengo á imploraros.

AQUILES.

Qué decis Arcas?

CLITEMNESTRA.

Dioses! que me anuncia!

ARCAS á Aquíles.

Tan solo vos podeis ponerla en salvo.

AQUILES.

Mas de quien es que debo libertarla?

ARCAS.

A mi pesar le nombro y le delato.
Su secreto guardé cuanto he podido.
Mas cuando todo está ya aparejado,
Y la pira, y la venda y el cuchillo,

Debo hablar, aunque todo este aparato
Viniese á recaer en mi cabeza.

CLITEMNESTRA.

Yo tiemblo de pavor. Vaya! explicaos.

AQUILES

Sea quien fuere, hablad, no hay que temerle.

ARCAS.

Vos sois su amante......pues debeis guardaros
Así como su madre, que se cumpla
Con la princesa el paternal mandato.

CLITEMNESTRA.

Por qué razon habremos de temerle?

AQUILES.

Por qué de él desconfiar?

ARCAS.

Por que esperando
El la está en el altar para inmolarla.

AQUILES.

El!

CLITEMNESTRA.

A su hija!

IFIJENIA.

Mi padre!

ERIFILA.

Cielo santo!
Qué noticia!

AQUILES.

Mas como contra su hija
Armarse puede de furor insano?
Sin horror puede oirse este discurso?

ARCAS.

Ah! si pluguiera al cielo que dudarlo
Pudiese yo, Señor! Por voz de Cálcas
El oráculo ya la ha reclamado,
Y de toda otra víctima rehusa
La ofrenda; pues los dioses que ampararon

A Páris hasta aquí, solo á este precio
Con los vientos á Ilion prometen darnos.

CLITEMNESTRA.

Habrán podido decretar los dioses
Un tan abominable asesinato.

IFIJENIA

Cielo! por qué delito es tanta pena?

CLITEMNESTRA.

Del cruel mandato que me habia vedado
Acercarme al altar, ya no me admiro.

IFIJENIA á Aquíles.

Mirad aquí, Señor, puestas en claro
Las nupcias á que estaba destinada.

CLITEMNESTRA.

Señor, debo abrazar vuestras rodillas.

AQUILES, levantándola.

Ah, Señora! que haceis?

CLITEMNESTRA.

Olvidaos
De mi gloria importuna, que á mi suerte
Tan triste abatimiento es adecuado.
Feliz mi llanto si moveros puede.
Yo no tengo vergüenza de rogaros
A vuestros pies postrada: yo soy madre.
Ved la esposa, ay de mí! que os han robado!
La he criado con tan plácida esperanza.
Vos solo sois, Señor, á quien buscando
Hemos venido en esta infausta orilla;
La habrá á la muerte vuestro nombre guiado?
Irá pues, abrazando los altares,
Ya para su suplicio preparados,
A implorar de los dioses la justicia?
Con vos únicamente es que contamos.
Vos en estos lugares sois su padre,
Su esposo, sus deidades y su amparo.
En vuestros ojos vuestra angustia leo.

Hija, de vuestro esposo os dejo al lado.
Y vos, Señor, dignaos esperarme
Y de ella un solo instante no apartaros.
Yo corro á verme con mi aleve esposo
No sostendrá el furor en que me abraso.
Otra víctima Cálcas buscar debe.
Pero si de sus golpes libertaros
No pudiese, hija mia, que me inmolen
Primero á mí que á vos, es necesario.

ESCENA VI.

Aquíles, Ifijenia.

AQUILES.

Señora, yo me callo y quedo inmóvil.
Es á mí por ventura á quien se ha hablado?
Y se conoce á Aquíles? Una madre
Debe por vos venirme así rogando?
Una reina á mis pies viene á humillarse!
Y mi honor ofendiendo con cuidados
A la verdad injustos, se recurre,
Para mover mi corazon, al llanto!
Quien otro á invigilar por vuestros dias
Con mas celo que yo estará obligado?
En mi lealtad bien puede descansarse.
Y ya que me concierne á mí el agravio,
Por mas que contra vos quiera emprenderse,
De vuestra vida responsable salgo,
De esa vida á la cual uno la mia.
Mas de mi justa pena arrebatado,
No limito mi empeño á defenderos:
Le llevo mas allá; corro á vengaros,
Y á castigar tambien la cruel intriga
Que de mi nombre contra vos se ha armado.

IFIJENIA.

Ah, Señor! esperad: de gracia oidme.

AQUILES.

Pues qué! podrá tener el desacato
Un bárbaro, Señora, de insultarme!
El me mira partir acelerado
A vengar el ultraje de su hermana:
Vé que al darle el primero mi sufragio
De veinte reyes le nombré caudillo,
De veinte reyes que eran sus contrarios;
Y por fruto de tantas inquietudes,
Y por fruto de todos mis trabajos,
Por premio en fin de la victoria ilustre
Que deberá dejarle bien colmado
De riquezas, de gloria y de venganza,
Con el nombre de esposo vuestro ufano
Y satisfecho, solo le exigia
El honor de ser vuestro; hoy sin embargo
Sanguinario y perjuro, no contento
Con violar los derechos sacrosantos
De la amistad, de la naturaleza;
Y no contento con haber osado
El corazon de su hija presentarme,
Humeante todavia y palpitando
Sobre un altar bajo un fatal cuchillo,
Quiere, cubriendo con el aparato
De un supuesto himeneo el sacrificio,
Que yo mismo os conduzca hasta el cadalso!
Que mi mano cruel lleve la daga,
Y que de esposo vuestro trasformado
Haya de ser en vuestro vil verdugo?
Si mi regreso un dia mas retardo
Cuan sangriento os seria este himeneo!
Tal vez, princesa, en el altar en vano
Me buscariais, y entregada ahora
A su furor, de un golpe inopinado
Os postrarais herida, atribuyendo
A mi nombre la culpa del engaño!

Importa que á presencia de los Griegos
Del riesgo y la traicion se le haga cargo.
Señora, mi designio desde luego
Ha debido por vos ser aprobado,
Celosa del honor de vuestro esposo.
Sepa el cruel que me desprecia tanto
De que nombre á burlarse se atrevia.

IFIJENIA.

Ay de mí! si me amais, si puedo acaso
Algo con vos, si por favor postrero
Os dignais á las súplicas prestaros
De una amante, Señor, es al presente
Que os corresponde mas acreditarlo.
Por que en fin, ese cruel, ese enemigo
Tan inclemente, injusto y sanguinario
Que vais á despreciar, por mas que haya hecho,
Que es mi padre debeis siempre acordaros.

AQUILES.

El vuestro padre! No, vuestro asesino
Despues de su designio atroz le llamo.

IFIJENIA.

Os repito, Señor, que él es mi padre,
Pero un padre á quien amo é idolatro,
Un padre que me quiere y que hasta ahora
Testimonios de amor solo me ha dado.
Mi corazon que en este fiel respeto
Siempre se crió desde mis tiernos años,
Solo puede afligirse de la ofensa ;
Y lejos de atreverse, ya cambiado,
A aprobar el furor de vuestro enojo,
Y lejos mis discursos de avivarlo,
Creed, Señor, que para haber podido
Tolerar esos títulos ingratos
Con que á mis ojos vuestro amor le ultraja,
Era preciso amaros como os amo.
Y como pensais vos que no se duela,

Como si fuese un bárbaro inhumano,
De esa desgracia que se me prepara?
Qué padre se complace en ser privado
De sus hijos? Perdiérame mi padre
Si salvarme pendiese de su mano?
Yo le he visto llorar, no tengais duda.
Sin oirle deberá ser condenado?
Ay de mí! sobre el cúmulo de horrores
Que está su corazon atormentando,
Tambien debe abrumarle vuestro encono?

AQUILES.

Qué, Señora! estos son los sobresaltos
Que de vos se apoderan solamente,
Teniendo de temor motivos tantos!
Un cruel (que otro nombre puedo darle?)
Por la mano de Cálcas va á inmolaros,
Y si opongo á su furia mi ternura,
Solo por su quietud teneis cuidados!
Se me cierra la boca! Se le excusa!
Se le siente! Por él se está temblando,
Y á mi és á quien se teme únicamente?
Qué efecto tan fatal de mis conatos!
Esto es, Señora, todo lo que Aquíles
En vuestro corazon ha progresado?

IFIJENIA.

Ah cruel! he esperado yo á tan tarde
Para ofreceros testimonios claros
De este amor, que os parece tan dudoso?
Vos veis que con semblante sosegado
Y como indiferente he recibido
De mi muerte el anuncio sanguinario.
No se ha notado en mi color mudanza.
Qué no hubiéseis podido ver á cuanto
Exceso ya tocaba mi despecho,
Cuando, casi al llegar, comunicado
Por un informe infiel me fué el aviso

De la inconstancia vuestra? Qué arrebato,
Qué torrente de injurias á los dioses
Acusaba á la vez y á los humanos!
Ah! sin que os lo dijese, hubiérais visto
Con cuanta diferencia me es mas caro
Vuestro amor que mi vida! Aún quien sabe,
Quien sabe, si los cielos irritados
Han podido sufrir mi extrema dicha!
Ay de mí! creia que un amor tan grato
Sobre el mortal destino me elevaba.

AQUILES.

Ah! si me amais, princesa, conservaos.

ESCENA VII.

Clitemnestra, Aquíles, Ifijenia, Ejina.

CLITEMNESTRA.

Todo absolutamente está perdido
A menos que querrais, Señor, salvarnos.
Agamenon me evita, teme verme
Y me hace del altar negar el paso.
Las guardias colocadas por él mismo
Con mucha precaucion, nos han vedado
Pasar por donde quiera que hemos ido.
Me huye. Su audacia teme mi quebranto.

AQUILES.

Hé, bien! Ahora pues á mi me toca
Ocupar el lugar que habeis dejado.
El me verá, Señora, voy á hablarle.

IFIJENIA.

Ah, Señora!.....Ah, Señor! donde marcharos
Quereis?

AQUILES.

Y qué es lo que de mi pretende
Vuestra súplica injusta? Es necesario
Que combatais vos siempre la primera?

CLITEMNESTRA.

Qué intentais, hija mia?

IFIJENIA.

Suplicaros,
Que por los dioses retengais, Señora,
A un amante de cólera inflamado.
Los choques de esa triste conferencia
Evitemos. Señor, sé cuan amargos
Vuestros reproches fueran: sé hasta donde
Se enfurece un amante lastimado;
Y mi padre invigila en sus derechos.
Disimular se intentaria en vano
La fiereza genial de los Atridas.
Dejad, Señor, que con mi padre en tanto
Otras bocas mas tímidas se expliquen.
De mi demora ya maravillado
Vendrá á buscarme él mismo en el instante.
Habrá de oir el clamoroso llanto
De una madre oprimida; y qué inspirarme
No podrán los deseos de evitaros
Las lágrimas que á todos os causara,
De contener vuestro furor insano,
Y de vivir aún para ser vuestra.

AQUILES.

Pues lo quereis, preciso es agradaros.
Dadle ambas un consejo saludable.
A la razon llamadle, procurando
Por vosotras, y mas que por la mia
Por su quietud, sacarle de su engaño.
Mas veo que en tan frívolos discursos
Inútilmente mucho tiempo gasto,
Obras se necesitan, no palabras.

A Clitemnestra.

Yo me parto, Señora, á prepararlo
Todo para serviros. Desde luego
Pasad á reposar á vuestro cuarto.

Vuestra hija vivirá: yo os lo predigo.
A lo menos creed, creed que en tanto
Que respirare yo, su sacrificio
Habrán los dioses ordenado en vano.
Oráculo mas cierto que el de Cálcas.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Erifila, Dóris.

DORIS.

Ah! qué decis? por que extraña mania
De Ifijenia envidiais el cruel destino?
Ella debe morir dentro de una hora,
Y con todo decis que nunca han visto
Vuestros ojos su dicha con mas celos.
Quien creerá, Señora, tal delirio?
Y puede darse corazon tan duro.....

ERIFILA.

Nunca mayor verdad mi boca ha dicho.
Jamas en medio de cuidados tantos
Como á mi alma combaten, he tenido
De su felicidad mayor envidia.
Vana esperanza! prósperos peligros!
No ves su gloria y la inquietud de Aquíles?
De todo indicios claros ví, y he huido.
Ese héroe para el resto de los hombres
Tan atroz, que las lágrimas que él mismo
Verter nos hace, son las que conoce,
Siendo á ellas insensible desde niño;
Y que la sangre de osos y de leones
Chupó, segun escucho referirlo,
Por ella del temor hace el ensayo:
Ella misma ha mirado su conflicto:
Ella ha visto mudarse su semblante.

Y tú Dóris, con ojos compasivos
Quieres verla! Por cuantos infortunios
Deseara disputarle esos gemidos!
Aunque debiese yo espirar como ella
En término de una hora.....Mas qué digo
Espirar! No imagines que ella muera.
Te persuades que en un letargo indigno
Aquíles sepultado, impunemente
Por su causa se habrá empalidecido?
Su desgracia sabrá impedir Aquíles.
Verás que para mas tormento mio
Y aumento de su gloria, es que los dioses
Un oráculo tal han proferido,
A su amante ofreciéndola mas bella.
Y qué! no adviertes todo el artificio
Que en su favor se emplea? De los dioses
El decreto mortal se ha suprimido,
Y aunque esté preparada ya la hoguera,
Oculto aún con el mayor sigilo
El nombre de la víctima se tiene.
Nada de esto en la armada se ha sabido.
Mas, Dóris, no es verdad que en tal silencio
A un padre reconoces indeciso.
Pero al fin qué ha de hacer? como es posible
Que un corazon el mas empedernido
Sostenga los ataques que le aguardan?
De una madre el furioso desvarío,
Las lágrimas de una hija, el desconsuelo
De una familia, sus dolientes gritos,
La sangre tan sensible á estos objetos,
Aquíles que amenaza enfurecido,
Y que á oprimirle está determinado?
No, los dioses en vano, te repito,
Contra ella fulminaron su sentencia.
Para mí el infortunio solo se hizo.
Ah! si me diese crédito á mí misma....

DORIS.

Qué, Señora! cual es vuestro designio?

ERIFILA.

No sé quien me detiene, ó quien reprime
Mi indignacion, que no me determino
A divulgar del cielo la amenaza,
Dando de cuanto pasa pronto aviso;
Y á publicar las criminales tramas
Que se están practicando en estos sitios
Contra los dioses, contra sus altares.

DORIS.

Señora, qué intencion!

ERIFILA.

Qué regocijo!
Ah, Dóris! cuanto incienso no seria
En los troyanos campos consumido,
Si, turbando á los Griegos, y dejando
Vengado asi mi cautiverio inicuo,
Lograr pudiera que se declarase
De Agamenon Aquíles enemigo!
Si, olvidando de Troya la contienda,
Volviese su rencor contra ellos mismos
Esos aceros que contra ella afilan!
Y si de todo el campo un sacrificio
El mas feliz hiciesen á mi patria
Mis dañosos avisos!

DORIS.

Siento ruido:
Alguien viene. Se acerca Clitemnestra.
Tomad, Señora, un aire mas tranquilo;
O evitad prontamente su presencia.

ERIFILA.

Entremos. Y, siguiendo los avisos
De unos furores que autoriza el cielo,
Procuraremos ver si conseguimos
Turbar un himeneo tan odioso.

ESCENA II.

Clitemnestra, Ejina.

CLITEMNESTRA.

Ejina, tú lo ves; huirla es preciso.
Lejos que mi hija por su vida llore,
Lejos que tiemble cuando ve el peligro,
A su padre disculpa como siempre,
Y aun quiere que respete en mi conflicto
La misma mano que su pecho hiere.
O constante piedad! O fiel cariño!
Por recompensa está de su tardanza
En el altar quejándose el impío.
Yo le espero: vendrá á reconvenirme
De que aun puede engañarme persuadido.
El viene. Sin hablar de su injusticia,
Vamos á ver, si su artificio indigno
Se atreve á sostenerme todavía.

ESCENA III.

Agamenon, Clitemnestra, Ejina.

AGAMENON.

Qué haceis, Señora? Mas por qué motivo
A vuestra hija con vos aquí no veo?
Arcas de mi órden os la habia pedido.
Qué espera pues? La habeis vos retardado?
A mi ansia justa no quereis rendiros?
Y sin vos al altar no debe ir ella?
Hablad.

CLITEMNESTRA.

Por mi hija, todo está expedito,
Si partir es forzoso. Pero nada
Teneis, Señor, que deba reprimiros?

AGAMENON.

Yo, Señora ?

CLITEMNESTRA.

Ya todo está dispuesto ?
Todo vuestros cuidados lo han previsto ?

AGAMENON.

Por Cálcas no hay, Señora, inconveniente,
Ni faltan al altar sus atavíos.
Lo que un justo deber me ordena he hecho.

CLITEMNESTRA.

De la víctima nada me habeis dicho.

AGAMENON.

Qué me quereis decir ? De qué rezelo......

ESCENA IV.

Agamenon, Clitemnestra, Ifijenia, Ejina.

CLITEMNESTRA.

Hija mia, venid, venid os digo,
Que por vos solamente ya se espera.
Venid, mostrad un pecho agradecido
A ese padre que os ama, y que pretende
A las aras él mismo conduciros.

AGAMENON.

Qué veo ? Que discurso ! Llorais hija !
Vuestros ojos bajais poco tranquilos !
Qué turbacion ! Mas lloran hija y madre.
Miserable Arcas, ah ! tú me has vendido.

IFIJENIA.

Padre mio, dejad de conturbaros
Nadie os traiciona. Cuando prescribirlo
Querrais, vereis que os obedezco.
Mi vida es vuestro bien. De ella serviros
Os place, vuestras órdenes podian
Haberse sin rodeos expedido.

Con el propio semblante placentero
Y con el mismo corazon sumiso,
Que á recibir me disponia el esposo,
Que por vos se me habia prometido,
Tambien sabria, siendo necesario,
Como obediente víctima, al cuchillo
Mi cabeza ofrecer, de culpa exenta:
Un golpe respetar por vos prescripto;
Y volveros, Señor, toda la sangre
Que habia recibido de vos mismo.
Mas si esta sumision, si este respeto,
A vuestros ojos, de otro premio es digno:
Si de una madre en lágrimas desecha
Sentis las penas, oso aquí deciros,
Que en mi actual situacion, tal vez rodeada
Mi vida está de honores infinitos,
Para no apetecer que se me quite,
Ni que, al serme arrancada, un cruel destino
Tan cerca del nacer su fin designe.
Hija de Agamenon, Señor, yo he sido
Quien primero os llamaba con el nombre
Dulce de padre: he sido quien os hizo,
Siendo de vuestros ojos las delicias
Por tanto tiempo, que reconocido
Os mostraseis al cielo por tal nombre;
Y por quien tantas veces los cariños
Prodigando, flaquezas de la sangre
No os desdeñasteis de tener conmigo.
Infelice! los nombres de los pueblos,
Que debieran por vos ser sometidos,
Con gran contento referir me hacia;
Y luego, presagiando de los Frigios
La conquista, de triunfo tan hermoso
Estaba disponiendo el regocijo;
Sin esperar que, por verter mi sangre,
Le debieseis haber dado principio.

No es esto que el horror de la desgracia,
Que me amenaza, vuestros beneficios,
Ya pasados, me traiga á la memoria.
No lo temais: por vuestro honor vigilo;
A un padre, como vos, de avergonzarse
Jamás mi corazon dará motivo.
Yo hubiera, si á vivir solo aspirara,
Un recuerdo tan tierno contenido.
Pero, Señor, á mi funesta suerte,
Vos lo sabeis, tambien están unidos
Los goces de una madre y de un amante.
Un rey, digno de vos, se ha persuadido,
De haber llegado el dia, que debia
A nuestra ilustre union prestar su brillo.
Y cierto ya del corazon, que fuera
A sus amantes ansias ofrecido,
Se juzgaba dichoso: para amarle
Otorgado me fué vuestro permiso.
El sabe sin embargo vuestro intento;
Juzgad de sus temores. Los gemidos
Oid de una madre, que teneis delante.
Perdonadme, Señor, estos ahincos,
Que solamente á prevenir el llanto,
Que les voy á costar, son dirigidos.

AGAMENON.

Nada mas cierto que eso es, hija mia;
Y sin saber estoy, porque delito
Una víctima el cielo airado pide.
Pero él os ha nombrado; y ha exigido
Un oráculo cruel, que vuestra sangre
Corra sobre un altar en estos sitios.
Mi amor no habia esperado vuestros ruegos,
Para haber vuestra vida defendido
De las sangrientas leyes de los dioses.
Mi resistencia omitiré deciros:
Creed en este amor, que os es tan cierto.

Aún anoche, bien se os ha podido
Informar por alguno, revocada
Dejaba la órden, que firmar se me hizo.
Sobre los intereses de los Griegos
Por vos estaba el triunfo conseguido.
De mi seguridad y de mi rango
Os hacia gustoso sacrificio.
El cielo no os dejó encontrar con Arcas,
Que la entrada en el campo iba á impediros.
Burlaron pues los dioses los cuidados
De este padre fatal, que en vano quiso
Patrocinar lo que ellos condenaban.
No confieis en mi débil poderío.
Quien de un pueblo atajar podrá el desórden,
Cuando á su torpe zelo sometidos
Dejándonos los dioses, le libertan
De un yugo que llevaba con fastidio?
Es forzoso ceder. Llegó vuestra hora,
Hija mia. A pensar pues os excito
En el rango eminente que os espera.
Un consejo, que apenas yo recibo,
Os doy, porque ese golpe que os amaga,
Mas que con vos, acabará conmigo.
Mostrad al espirar vuestro linage.
Haced que las deidades, que han querido
Ordenar vuestra muerte, se avergüencen.
Id pues, y que los Griegos que al suplicio
Os conducen, mi sangre reconozcan
Cuando correr de vos la hubiesen visto.

CLITEMNESTRA.

Sí, la sangre de Atreo y de Thyëste
En vos se reconoce, y desmentido
No habeis dejado tan fatal linage.
Verdugo de vuestra hija, no imagino
Qué mas podeis hacer, sino ofrecerla
En un festin horrible á mi apetito.

Bárbaro! es ese pues el holocausto
Tan feliz, que con tantos artificios
Vuestros cuidados preparando estaban!
Y qué! no ha vuestra mano contenido,
Cuando trazaba esa órden inhumana,
El horror de firmarla! Ese conflicto
Por qué, falaz, fingir á nuestra vista?
Quereis probar terneza con gemidos?
Donde están los combates que habeis dado?
Los arroyos de sangre, que ha vertido
Vuestra mano por ella, donde corren?
Qué reliquias aquí, como testigos
De vuestra resistencia, se presentan?
O qué campo de muertos aquí miro
Cubierto, que al silencio me condene?
Estos los monumentos son, impío!
Con que era necesario acreditarme
Que vuestro afecto libertarla quiso.
Un oráculo ordena que ella espire!
Pero quiere un oráculo decirnos
Todo lo que parece que nos dice?
Al cielo se honra con el homicidio?
Acaso el justo cielo está sediento
De la sangre inocente? Si el delito
De Helena en su familia se castiga,
Desde luego mandad, como es debido,
Que en Esparta se busque á Hermione su hija.
Dejad que á costa de ese sacrificio
La criminal esposa Menelao
Rescate, pues adora sus hechizos.
Mas qué furor de vos su víctima hace?
Por qué razon vos mismo habeis querido
Imponeros la pena de su crímen?
Y finalmente yo, por que motivo,
Despedazando mis entrañas, debo
Pagar de su pasion el desvarío

Con todo lo mas puro de mi sangre?
Qué! de vuestras hazañas precio digno
Os parece ese objeto de los zelos,
Esa Helena que tiene conmovidos
Los imperios del Asia y de la Europa?
Y cuantas ocasiones hemos visto
Sonrojados por ella nuestros rostros!
Antes que un lazo infausto hubiese unido
Con ella á vuestro hermano, ya Theseo
La habia robado del paterno asilo.
Vos bien sabeis, y os lo repite Cálcas,
Que por un himeneo clandestino
Fué admitido ese príncipe en su lecho,
Y que por fruto de él habia tenido
Una princesa, á quien la madre aparta
Del resto de la Grecia con sigilo.
Pero no, que el amor de vuestro hermano
Y su ultrajado honor, los menos vivos
Son entre los cuidados que os oprimen.
Esa sed insaciable de dominio:
El orgullo de ver á veinte reyes
Que os temen, y os tributan sus servicios;
Y todos los derechos del imperio
Confiados solamente á vuestro arbitrio,
Cruel! estos son los númenes á quienes
Sacrificais; y en vez de decidiros
A rechazar el golpe que os amaga,
Teneis por el contrario el ruin capricho
De hacer alarde de él bárbaramente.
Zeloso por demas de un poderío
Que se os puede envidiar, en negociarle
Por vuestra propia sangre andais activo;
Y á ese precio, espantar quereis la audacia
De cualquiera que intente sustituiros.
Es esto pues ser padre? Ah! ya se rinde
A esa traicion cruël todo mi juicio.

Entre la turba fiera, á un sacerdote
Extender hā de serle permitido
Sobre mi hija una mano delincuente,
Romper su pecho, y consultar prolijo
Al cielo en sus entrañas palpitantes!
Yo que en triunfo adorada la he traïdo,
Sola y desesperada he de volverme!
He de ver todavía los caminos
Perfumados de aquellas mismas flores,
Que á su paso se habian esparcido!
No, yo nò la habré traido á esta ribera
Para ser inmolada, ó es preciso,
Que un doble sacrificio hagais á Grecia.
Ni temor ni respeto, yo os lo digo,
Tiene poder para apartarme de ella.
De mis brazos en sangre reteñidos
Arrancarla seria necesario.
Bárbaro esposo, padre incompasivo,
Osad arrebatársela á su madre.
Vos, hija, entraos, y á lo que os prescribo
Sed obediente por la vez postrera.

ESCENA V.

AGAMENON, solo.

Contar con menos furia no he debido.
Hé aquí, hé aquí los gritos que oir temia.
Feliz con todo, si sus solos gritos
Tuviese que temer mi alma turbada.
Ay mísero de mí! habeis podido,
Dioses! dejarme un corazon de padre
Al dictarme un precepto tan estricto?

ESCENA VI.

Agamenon, Aquíles.

AQUILES.

He escuchado un rumor bastante extraño,

Y le juzgo de fe muy poco digno.
Señor, se dice, sin horrorizarme
Ciertamente no puedo repetirlo,
Que hoy por vuestra órden Ifijenia espira:
Que sufocando la piedad vos mismo,
La entregareis por vuestra mano á Cálcas.
Se dice mas, que bajo el nombre mio
Invitada al altar, para que fuese
Inmolada, la guiara yo á ese sitio;
Y que ambos á la vez, haciendo burla
De un himeneo falso, habiais querido
Encomendarme tan infame empleo.
Que decis vos, Señor? Cual es el juicio
Que debo yo formar? No hareis que calle
Un rumor para vos tan ofensivo?

AGAMENON.

Señor, no doy razon de mis intentos.
Hasta el presente mi hija no ha sabido
Mis soberanas órdenes, y cuando
Llegado hubiese el tiempo, que prefijo,
Para informarle de ellas, desde luego
Impuesto quedareis de su destino,
Y tambien instruiré de él á la armada.

AQUILES.

Su destino no me es desconocido.

AGAMENON.

Y ya que lo sabeis, por qué indagarlo?

AQUILES.

Por qué lo indago yo? Cielo divino!
Puedo creerlo, que haya quien se atreva
A ostentar un furor el mas inicuo?
Estais pensando que inmolar os deje,
Por vuestro odioso intento decidido,
Ante mis propios ojos á vuestra hija?
Imaginais que puedan consentirlo
Mi probidad, mi amor y mi decoro?

AGAMENON.

Pero olvidais á quien es dirigido
Tal interrogatorio, vos que hablarme
Osais en ese amenazante estilo?

AQUILES.

Olvidais vos mi amor, y á quien se ultraja?

AGAMENON.

Y quien de mi familia cargo os hizo?
Disponer no podré sin vos de mi hija?
No soy yo mas su padre? Estais unidos
Ya por el himeneo? No puede ella....

AQUILES.

No, ya sobre ella no teneis dominio.
No se me burla con promesas vanas.
En tanto que de sangre algun residuo
Corriere por mis venas, es forzoso
Que unais toda su vida á mi destino.
Yo sostendré por tanto mis derechos
Sobre vuestra promesa establecidos.
No es para mí que vos la habeis llamado?

AGAMENON.

Culpad al cielo que me la ha pedido.
A Cálcas acusad y al campo entero,
A Menelao, á Ulíses y á vos mismo.

AQUILES.

A mí!

AGAMENON.

A vos sin duda que, abrazando
La conquista del Asia con ahinco,
Al cielo que os detiene en esta costa
Estais amenazando de continuo;
A vos que habeis asi comunicado,
De mis justos terrores ofendido,
Vuestro furor á todo el campamento.
Mi corazon os presentó un camino
Para salvarla; mas vuestras demandas,

Vuestra ansiedad por Troya solo han sido.
Yo os habia cerrado el campo adonde
Quereis correr. Vos lo quereis, partios.
El va á quedar abierto con su muerte.

AQUILES.

Justo cielo! prestar atento oido
Y sufrimiento puedo á este lenguaje?
Es así que el baldon despreciativo
Al perjurio se añade? Yo, yo á costa
De su vida partir he pretendido?
Qué me hizo á mí esa Troya adonde corro?
Al pie de sus murallas qué bien sigo?
Por qué motivo, sordo á los clamores
De una madre inmortal, y los avisos
De un padre desolado despreciando,
Precipitado corro á los peligros;
Y á buscar me apresuro allí una muerte,
Que á su hijo tantas veces se ha predicho?
Qué bajel, que saliese de la orilla
Del Escamandro, nunca se ha atrevido
A bajar á los campos tesalienses?
Cuando en Lariza algun raptor indigno
Fué á robarme á mi esposa ó á mi hermana?
De qué puedo quejarme? Qué he perdido?
Es, bárbaro, por vos que allá me parto:
Por vos, con quien de todo compromiso
Yo solo me hallo exento entre los Griegos:
A quien hice nombrar nuestro caudillo;
Y á quien mi brazo en la incendiada Lésbos
Vengaros supo, cuando reünido
Vuestro campo no estaba todavía.
Qué mira congregándonos tuvimos?
No vamos todos á entregar Helena
A su esposo? De cuando acá se ha creido
Que, inútil á mí mismo, yo me deje
Despojar de una esposa, á quien estimo?

Vuestro hermano no mas tendrá derecho,
Al verse de una vil afrenta herido,
Para vengar su amor vilipendiado?
Vuestra hija tuvo para mí atractivos:
Pretendí serle grato, y á ella sola
Mis juramentos fueron dirigidos.
Contento con su mano, embarcaciones
Armas, soldados, todo le ha ofrecido
A ella mi fe; mas nada á Menelao.
Que el insista, si quiere, en el designio
De perseguir á su robada esposa:
Que busque una victoria, que el destino
A mi sangre no mas ha reservado.
Pero yo, que jamas á Helena he visto,
Que no conozco á Príamo ni á Páris,
A vuestra hija por premio habia querido,
Y solo concediéndoseme, parto.

AGAMENON.

Huid. A vuestra Tesalia restituios.
Yo mismo os vuelvo vuestro juramento.
Mil otros, á mis órdenes sumisos,
A cubrirse vendrán de los laureles
A vos únicamente prometidos;
Y forzando con prósperas proezas
A la fortuna, encontrará su brio
De los Troyanos la fatal jornada.
De vuestro menosprecio tengo indicios,
Y, á lo que os oigo, juzgo á cuanta costa
Comprara yo vuestro socorro altivo.
El árbitro os haceis ya de la Grecia,
Y, segun vos decis, me han investido
De un quimérico título sus reyes.
De vuestro esfuerzo tan ufano os miro
Que todo deberia, si os creyese,
Marchar á vuestras leyes sometido,
Bajo ellas sucumbir, temblar ante ellas.

Cuando se saca en cara el beneficio,
Por una ofensa se reputa siempre.
Mas obediencia y menos brio exijo.
Vuestro impotente enojo no me espanta.
Huid pues. Los lazos con que nos unimos
Desde este instante para siempre rompo.

AQUILES.

Debeis sin duda estar agradecido
Al solo lazo, que contiene mi ira;
Pues por Aquíles todavía es visto
El padre de Ifijenia con respeto.
Tal vez sin este título, el caudillo
De tantos soberanos á insultarme
Por la última ocasion se habria atrevido.
Si quereis entenderme, solamente
Una palabra tengo que deciros.
A vuestra hija y mi gloria al mismo tiempo
A defender estoy comprometido.
Para llegar al corazon que ansiando
Estais atravesar, he aquí el camino
Por donde vuestros golpes pasar deben.

ESCENA VII.

AGAMENON, solo.

Hé aquí lo que su mal hace efectivo.
Mi hija desamparada era temible;
Pero tu amor osado, que ha creïdo
Llenarme de pavor, ha apresurado
El mismo golpe que atajarle quiso.
No hay mas que hacer: su audacia despreciemos.
Mi gloria se interesa; ella ha vencido.
Aquíles amagando me resuelve.
Mi lástima de miedo daba indicios.
Ola! Guardias!

ESCENA VIII.

Agamenon, Euribates, Guardias.

EURIBATES.

Señor.

AGAMENON.

Qué hacer intento ?
Puedo darles mandato tan impío ?
Cruel ! para qué combate te previenes ?
Una madre me espera, y madre osada,
Que á su hija prestará su patrocinio
Contra un padre inclemente y homicida.
Veré que, menos fieros que yo mismo,
Mis soldados respeten en sus brazos
A la hija de su rey. Enfurecido
Nos amenaza y nos desprecia Aquíles ;
Mas por eso se ve menos sumiso
El ánimo de mi hija á mis preceptos ?
Esta hija, procurando algun arbitrio
Para huir de las aras, se lamenta
Del golpe con que herirla solicito ?
Pero que es lo que digo ? Qué proyecto
Mi sacrílego zelo ha concebido ?
Qué votos formaré cuando la inmole ?
Enhorabuena, séanme ofrecidos
Los mas gloriosos premios ; qué laureles
Me fueran gratos en su sangre tintos ?
Aplacando á los númenes supremos,
Pretendo hacerme su poder propicio :
Ah ! qué dioses mas crueles me serian
Que yo mismo ? No puedo mas. Me rindo
Desde luego á la sangre y al afecto,
Y de ser justamente compasivo
No debo avergonzarme. Que ella viva....
Pero qué ! de mi honor tan poco cuido,

Que he de ceder el triunfo al fiero Aquíles?
Su orgullo temerario, que asi avivo,
Llegará á persuadirse que me ha impuesto
Un pánico terror, y que me humillo.
Mas qué vano rezelo me embaraza?
Tan exhausto de medios me imagino
Para abatir de Aquíles la osadia?
Que mi hija constituya su martirio:
El la ama, y ella vivirá para otro.
Euribates, id pues; y en nombre mio
Llamad á la princesa y á la reina.
Que cese su temor.

ESCENA IX.

Agamenon, Guardias.

AGAMENON.

Si en el designio
De quitármela insiste vuestra saña,
Grandes dioses! qué pueden reünidos
Ante vosotros los endebles hombres?
Lejos de socorrerla, yo la oprimo
Con mi afecto: lo sé. Mas grandes dioses!
Bien vale semejante sacrificio,
Que se reiteren vuestras duras leyes,
Y que segunda vez me sea exigido.

ESCENA X.

Clitemnestra, Ifijenia, Erifila, Agamenon, Euribates, Dóris, Guardias.

AGAMENON.

Id, Señora, cuidad pues de su vida.
Os devuelvo vuestra hija, os la confio.
Precipitad sus pasos al momento

Distante de estos sanguinosos sitios,
Que mis guardias por Arcas comandadas
Os seguirán, pues bien me determino
A excusar su imprudencia venturosa.
Todo de la celeridad y del sigilo
Depende únicamente, pues ni Ulíses
Ni Cálcas hasta hora nada han dicho.
Que no se les revele esta partida ;
Y, ocultando vuestra hija, persuadido
El campo quede que os remito sola,
Y que ella permanece aquí conmigo.
Huid. Quieran las deidades, satisfechas
Con mi llanto, á mis ojos afligidos
No presentarla en dilatado tiempo.
Guardias, id de la reina en el servicio.

CLITEMNESTRA.

Ah, Señor !

IFIJENIA.

Ah, mi padre !

AGAMENON.

Contra el zelo
Del riguroso Cálcas prevenios.
Os digo que os marcheis en el instante.
Para auxiliaros cuanto está en mi arbitrio,
Con fingidas razones mientras tanto
Procuraré tenerle entretenido.
Yo voy á suspender la infausta pompa,
Y á ver si, por lo menos, de él consigo,
Que me conceda el resto de este dia.

ESCENA XI.

Erifila, Dóris.

ERIFILA.

Vámonos, Dóris, que otro es mi camino.

DORIS.

No las seguis.

ERIFILA.

En fin el triunfo es suyo.
Ya las resultas del afecto fino
De Aquíles reconozco; pero en vano
No arrastraré conmigo este delirio.
Dejemos los discursos. O perderla,
O en la empresa morir es ya preciso.
Yo corro á descubrirlo todo á Cálcas.
Que sigas tras mis pasos te repito.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Ifijenia, Ejina.

IFIJENIA.

Cesa de detenerme, Ejina. Vuelve
A atender á mi madre, que ya es fuerza
Aplacar el enojo de los dioses.
Por esta infausta sangre, que se intenta
Usurparles, advierte, qué borrasca
A estallar se prepara. Considera
La situacion en que la reina se halla.
Mira tambien la oposicion que muestra
El campamento entero á nuestra fuga;
Y como por do quiera su insolencia
Hace que á nuestros ojos de sus dardos
Las afiladas viras resplandezcan.
Nuestras guardias han sido rechazadas,
Desmayada dejamos á la reina....
Ah ! ya esto es exponerla demasiado :
No quieras oponerte á que huya de ella ;
Y, sin que espere aquí su auxilio inútil,
De su deliquio aprovecharme deja,
Pues mi padre, ay de mí ! mi mismo padre,
No es posible ocultártelo, que muera,
Cuando salvarme quiere, determina.

EJINA.

Señora ! como así ? Qué nueva es esa ?

IFIJENIA.

De Aquíles, que sin duda es muy ardiente,
Ha recibido acaso alguna ofensa.

Sea como fuere, el rey, que le aborrece,
Pretende que tambien yo le aborrezca;
Y ese horroroso sacrificio, Ejina,
A mi sensible corazon ordena.
Por Arcas me ha explicado sus deseos:
Me veda que jamas á hablarle vuelva.

EJINA.

Ah, Señora!

IFIJENIA.

Ah, sentencia rigurosa
E inaudita! Los dioses se contentan,
Mas apacibles, con mi sola vida!
Muramos pues, prestemos obediencia.
Mas á quien veo aquí? Dioses! Aquíles!

ESCENA II.

Aquíles, Ifijenia.

AQUILES.

Venid, seguid conmigo, mi princesa.
No teneis que temer esa algazara,
Ni del pueblo, que en torno de esta tienda
Se apiña, la impotente muchedumbre.
Mostraos, y esas olas turbulentas,
Sin esperar mis golpes, al momento
A vuestra vista se abrirán serenas.
Patroclo con algunos otros gefes,
Que de mi comitiva no se alejan,
La flor de mis Tesalos os conduce.
Todo el resto inmediato á mis banderas
Se encuentra reünido, y de sus filas
Os brinda la invencible fortaleza.
A vuestros opresores ese asilo
Opongamos, y que á buscaros vengan
A las tiendas de Aquíles, si se atreven.
Pero, Señora, qué! de esta manera

Es que vos me auxiliais en mi designio?
Lágrimas solas son vuestra respuesta?
En tan débiles armas todavía
Quereis confiaros? No, démonos priesa:
Vuestro padre ya ha visto vuestro llanto.

IFIJENIA.

Lo sé, Señor, y así solo me alienta
De mi cercana muerte la esperanza.

AQUILES.

Vos morir! Ah! ni lo digais siquiera.
Se os acuerda cual es el juramento
Que á los dos mutuamente nos empeña?
Para cortar inútiles discursos;
No sabeis que de Aquíles se sustenta
Toda la dicha en vuestra sola vida?

IFIJENIA.

El cielo no ha querido á la existencia
De esta infeliz unir vuestra ventura.
Nuestro amor nos burlaba, pues decreta
El destino, que un fruto de mi muerte
Vuestra felicidad futura sea.
Pensad, Señor, pensad en los laureles
Que vais á recoger, y que presenta
A esas valientes manos la victoria.
Ese campo glorioso por que anhelan
Todos los Griegos, para vos estéril
Quedará, si mi sangre no le riega.
Tal es la ley que en nombre de los dioses
A mi padre, Señor, ha sido impuesta.
En vano, sordo á Cálcas, rechazarla
Se propuso. Sus órdenes eternas
Por la voz de los Griegos, conjurados
Contra mí, demasiado se interpretan.
Partid, que á vuestra gloria por mi causa
Obstáculos no pocos se acarrean.
De esos vuestros oráculos vos mismo

Desempeñad la fe, mostrando á Grecia
El héroe prometido, y convirtiendo
Contra sus enemigos vuestra pena.
Ya Priamo empalidece, y Troya en arma
Teme mi pira, á vuestro llanto tiembla.
Id pues, y haced que en sus murallas, libres
De ciudadanos, por mi muerte viertan
Copioso llanto las Troyanas viudas.
Muero en esta esperanza satisfecha
Y con tranquilidad, pues si de Aquíles
No he podido vivir la compañera,
Espero, que á lo menos un dichoso
Porvenir, juntará á vuestras proesas,
Para siempre inmortales, mi memoria.
Y que mi muerte, de la gloria vuestra
Siendo el orígen, abrirá algun dia
La relacion de historia tan egregia.
Príncipe, adios. Vivid, estirpe digna
De los dioses.

AQUILES.

No admito esa funesta
Despedida. Servir á vuestro padre
En vano quiere vuestra cruel destreza,
Engañando mi amor con tal discurso;
Y en vano ansiais, á perecer resuelta,
Interesar mi gloria en vuestra muerte.
Las honras, las conquistas, las cosechas
De laureles, mi mano, cuando os sirve,
Sin la menor fatiga las encuentra.
Y quien de mi favor querria honrarse,
Si libraros del riesgo no pudiera
Mi próximo himeneo? Asi mi gloria
Y mi amor que vivais os aconsejan.
Creerlos, y seguirme es necesario.
Venid, Señora.

IFIJENIA.

Quien? Que yo merezca
La misma muerte, que á evitar iria,
Osando á un padre declararme opuesta!
Donde estaria entónces el respeto
Y ese sumo deber?....

AQUILES.

Seguir se os viera
A un esposo aprobado por él mismo,
Título que robarme en vano intenta.
Para violarse son los juramentos?
Mas vos misma á quien una tan severa
Obligacion retiene, contestadme,
No es vuestro padre cuando á mi os entrega?
O solo sus mandatos absolutos
Quereis seguir, cuando de serlo cesa,
Y al momento en que ya no os reconoce?
Pero en fin, mi princesa, ya es extrema
Nuestra tardanza; y mi temor acaso....

IFIJENIA.

Qué! Señor! empldeareis aun la violencia?
De un culpable trasporte arrebatado,
Poner el colmo á mi desgracia os viera?
Menos mi honra estimarais que mi vida?
Ah, Señor! á la mísera Ifijenia
Perdonad. Para mí ya es demasiado
Escucharos, hallándome sujeta
A leyes que han pedido mi respeto.
Vuestra injusta victoria se contenga,
O por mis propias manos, inmolada
A mi gloria, sabré quedar exenta
En tal extremidad del peligroso
Auxilio, que por vos se me dispensa.

AQUILES.

Hé bien! no hablemos mas sobre el asunto.
Obedeced, cruël; y pues tan bella

Os parece esa muerte, id á buscarla.
Un corazon, en que entrever se deja
Menos respeto para vuestro padre,
Que saña para mí, llevadle apriesa.
Vos vais para el altar, y yo allá corro.
De mi alma un justo enojo se apodera;
Y si el cielo, Señora, se halla ansioso
De muertos y de sangre, estad muy cierta,
Que jamas sus altares tanta sangre
Habrán humeado, pues mi amor me ciega,
Y legítimo todo habrá de serme.
Cálcas será la víctima primera.
Por mis manos la pira hecha pedazos
Y derribada, se verá dispersa
En la sangre nadar de los verdugos.
Si en medio de esa confusion horrenda
Herido vuestro padre pereciere,
Viendo entónces las tristes consecuencias
De esa piedad, por vos reconocidos
Serán los golpes, que por vos se ordenan.

IFIJENIA.

Ah, Señor! Ah, cruël!.....Pero él me evita.
O tú, por quien mi muerte se decreta,
Heme aquí sola, hiere; justo cielo,
Pon término á mi horror y á mi existencia,
Y lanza solo contra mí tus rayos!

ESCENA III.

Clitemnestra, Ifijenia, Euribates, Ejina, Guardias.

CLITEMNESTRA.

Sí, de vosotros, de la armada entera
He de saberla defender. Cobardes!
Haceis traicion á vuestra reina opresa!

EURIBATES.

No, Señora; mandadme que obedezco.
Combatiremos á presencia vuestra,
Y á vuestros pies espiraremos todos.
Mas qué esperar podeis de la flaqueza
De nuestras manos? Quien contra enemigos
Tan numerosos os dará defensa?
No es ese un vano pueblo amotinado;
Es todo el campo que cegarse deja
De un zelo infausto. No hay misericordia.
Cálcas es el que reina, el solo impera.
Su ofrenda la piedad severa exige.
El rey, que ve su autoridad depuesta,
Nos manda que cedamos al torrente.
Aquíles á quien todo se prosterna,
Aquíles, vanamente intentaria
Oponer su corage á esta tormenta.
Que podrá adelantar? Y quien, Señora,
Las olas de enemigos, que dispuestas
A rodeärle están, disiparia.

CLITEMNESTRA.

Que vengan pues á hacer en mi la prueba
De ese su zelo impío, y que me arranquen
Este poco de vida, que me queda!
La muerte es quien podrá, la muerte sola
Separarnos, rompiendo la cadena,
Que para unirnos, formarán mis brazos.
De mi alma el cuerpo separado sea,
Antes que yo permita......Ah, hija mia!

IFIJENIA.

Ah, madre mia! bajo qué planeta
Tan riguroso habeis echado al mundo
Al objeto infeliz de esa terneza?
Mas qué podeis hacer en nuestro estado?
Combatireis al cielo y á la tierra?
Os expondreis á un pueblo enfurecido?

En un campo que al rey se le rebela
No pretendais ir, sola en retenerme
Vanamente ostinada, y con afrenta
Violentada tal vez por los soldados,
A ofrecer á mis ojos una escena
Mas cruël que el morir; pero que el fruto
De vuestro deplorable esfuerzo fuera.
Id; y dejad que de una vez los Griegos
Su obra consumen; y de tan funesta
Ribera retiraos para siempre.
La llama de la pira, que me espera
Demasiado vecina de este sitio,
Vuestra vista heriria muy de cerca.
Y si me amais, por ese amor de madre
Voy á pediros la última fineza:
Nunca á mi padre reprocheis mi muerte.

CLITEMNESTRA.

Que no se la reproche á quien la ofrenda
De vuestro corazon presenta á Cálcas?

IFIJENIA.

Para volverme á vuestras ansias tiernas
Qué ha dejado de hacer?

CLITEMNESTRA.

Qué entretenida
Me tuvo el cruel con la traicion mas negra!

IFIJENIA.

El me cede á los númenes de quienes
Me ha obtenido. Mi suerte no se lleva
Tras sí de vuestros fuegos todo el fruto.
De ese amor otros vínculos os quedan.
En Orestes mi hermano vuestros ojos
A verme volverán. El cielo quiera,
Ay de mí! que no os sea tan funesto!
Oid los gritos de un pueblo en impaciencia.
Dignaos pues, Señora, recibirme
En vuestros brazos por la vez postrera,

Y recobrando la virtud sublime.....
Euribates, aquí teneis dispuesta
La víctima: á las aras conducidla.

ESCENA IV.

Clitemnestra, Ejina, Guardias.

CLITEMNESTRA.

Ah! no, sin mí no ireis, y no es mi empresa....
Pero una multitud me ataja. Aleves!
Saciad la sed de sangre, que os aqueja.

EJINA.

Donde correis, y que intentais, Señora?

CLITEMNESTRA.

Ay de mí! que de nada me aprovechan
Estos esfuerzos en que me consumo;
Y de una turbacion horrible apenas
Me he libertado, cuando en otras entro.
Moriré tantas veces, sin que pueda
De la vida salir?

EJINA.

Sabeis, Señora,
Quien os traiciona, y qué serpiente fiera
Ifijenia en su seno habia abrigado?
Erifila, que ha sido á estas riberas
Por vos misma traïda, vuestra fuga
Ha dejado á los Griegos descubierta.

CLITEMNESTRA.

O monstruo que han lanzado en nuestros brazos
Los infiernos! O monstruo que Megera
En sus negras entrañas ha llevado!
Qué! posible será que tú no mueras!
Qué! para castigar su atroz delito....
Mas adonde una víctima mis penas
Van á buscar? O mar, para tragarte
Ese millar de naves y con ellas

Los Griegos, no abrirás nuevos abismos!
Y qué! cuando, arrojándolas afuera
Del puerto que las guarda, Aulide hubiese
Vomitado una armada tan perversa,
Los vientos, esos vientos que hace tiempo
Se acusan, de estas naves ya desechas
No cubrirán tus encrespadas olas!
Y tú, ó sol, y tú que en esta tierra
Reconoces de Atreo al heredero
Y al hijo sin disfraz, tú, que la fiesta
Del padre á iluminar no te atreviste,
Retrocede, pues ellos esa senda
Tan funesta han sabido señalarte.
Pero entretanto, o cielo! o madre llena
De desventura! mi hija, ya ceñida
De festones odiosos la cabeza,
Extiende la garganta á los puñales,
Que por su padre preparados fueran.
Ya Cálcas va en su sangre....Deteneos,
O bárbaros! esa es la sangre egregia
Del dios potente que maneja el rayo.
Retumba el trueno ya, la tierra tiembla.
De una deidad terrible en su venganza
Los fieros golpes por do quier resuenan.

ESCENA V.

Clitemnestra, Arcas, Ejina, Guardias.

ARCAS.

No lo dudeis, un dios por vos combate,
Señora; pues Aquíles que se presta
A vuestros ruegos, ha roto de los Griegos
Las demasiado débiles barreras,
Y en el altar se encuentra en este instante.
Cálcas con lo que debe hacer no acierta.
Y el fatal sacrificio está suspenso.

Se amenaza, se corre, se atropella:
El aire gime, y los aceros brillan.
En tanto Aquíles cerca de Ifijenia
Coloca á sus amigos, que dispuestos
A perecer están en su defensa.
El triste Agamenon, que no se atreve
A autorizar este acto, ó porque quiera
No ver los homicidios que presagia,
O por tener sus lágrimas secretas,
El rostro se ha cubierto con un velo.
Venid, pues que él se calla, y la asistencia,
Que vuestro defensor brindaros quiere,
Por los discursos sostenida sea.
El mismo en vuestros brazos á su amante
Poner con su sangrienta mano anhela.
El mismo me ha encargado de guiaros,
Nada debeis temer.

CLITEMNESTRA.

Quien? Yo? Que tema!
Ah! corramos mas bien, Arcas querido.
El riesgo mas horrible no me arredra.
Yo iré por todas partes. Pero dioses!
No es este Ulíses? Sí. Pues mi hija es muerta.
Detengámonos, Arcas; ya no es tiempo.

ESCENA ULTIMA.

Ulíses, Clitemnestra, Arcas, Ejina, Guardias.

ULISES.

No, viva está vuestra hija, y satisfechas
Las deidades han sido. Recobraos,
Que el cielo á devolvérosla se presta.

CLITEMNESTRA.

Ella vive! Y sois vos quien me lo dice!

ULISES.

Sí, Señora, yo soy, yo que creyera

Por largo tiempo que afirmar debia
A vuestro esposo contra vos, contra ella.
Yo soy quien, del honor de nuestras armas
Zeloso, por austeras advertencias
He motivado vuestro amargo llanto,
Y soy quien vengo á reparar las penas,
Que os he causado; pues en fin, Señora,
La ira del cielo apaciguada queda.

CLITEMNESTRA.

Se me devuelve á mi hija! Ah rey! O cielo!
Qué milagro, Señor, qué dios lo ordena?
Yo permanezco inmóvil y confusa.

ULISES.

Pues ved mi situacion, que no es diversa.
De mi en tan bello instante la alegría
El horror y el asombro se apoderan.
Nunca un dia se vió que pareciese
De mas fatalidad para la Grecia.
Ya la discordia, enseñoreando el campo,
Habia ceñido con su infausta venda
Todos los ojos, y del rompimiento
Dado asimismo la señal funesta.
De ese horrible espectáculo asombrada
Vuestra hija, á Aquíles de su parte veia,
Y contra ella la armada convertida.
Mas aunque solo Aquíles, su fiereza
Hacia que la armada se espantase,
Y que entre sí los dioses disintieran.
Ya, rompiendo los aires, se elevaban
Por todas partes nubes de saetas;
Ya corria la sangre por primicias
De la matanza, cuando se presenta
Cálcas en medio de los combatientes.
Erizada mostró su cabellera,
Su vista era feroz, su aire sombrío.
Terrible, y con el alma toda llena

Del númen que sin duda le agitaba,
Al campamento habló de esta manera.
Vos, dijo, *Aquíles, y vosotros, Griegos*
Que me escuchais, el dios que por mi lengua
Hora os habla, su oráculo me explica:
Su eleccion á mi espíritu revela.
Debe ser inmolada en esta costa
Otra sangre de Helena, otra Ifijenia,
La cual aquí dejar debe la vida.
Secretamente unido con Helena
Theseo, suceder el himeneo
Hizo á su rapto, y de él una doncella,
Que su madre ha ocultado, el fruto ha sido.
Ifijenia su nombre tambien era.
Yo mismo entónces vi de sus amores
El clandestino fruto, y su existencia
De un porvenir siniestro amenazara.
Sus propias furias y su suerte negra
Bajo un supuesto nombre aquí la han traido.
Ella me vé, me escucha, y en presencia
De vosotros está. Por fin los dioses
No exigen otra víctima, sino á ella.
Asi habla Cálcas. Todo el campo inmóvil
Le escucha con pavor, y pone atenta
La vista en Erifila, que se hallaba
Cercana del altar, tal vez molesta
Por que tardaba el triste sacrificio.
Ella misma con súbita carrera
A anunciar á los Griegos vuestra fuga
Hace poco que fuera. Se ponderan
En secreto su suerte y su linage.
Mas su muerte con Troya se compensa:
Contra ella á gritos se declara el campo,
Y dicta á Cálcas su mortal sentencia.
Ya Cálcas se previene para asirla.
Detente, le dice ella, *no te atrevas*

A acercarte. La sangre de esos héroes,
De que me haces tú propio que descienda,
Sabrá verterse sin tu mano impía.
Sobre el próximo altar furiosa vuela,
Toma el sacro cuchillo, y se abre el pecho.
Apenas á correr su sangre empieza,
Y á enrojecer la tierra, cuando el trueno
Oïr sobre el altar los dioses dejan.
Zumba el aire agitado por los vientos,
Y la mar con bramidos le contesta:
Muge á lo lejos la argentada costa:
Por sí se enciende el fuego de la hoguera:
El cielo con relámpagos relumbra,
Y entreabriéndose á todos nos alienta
Por un santo pavor que nos infunde.
Los soldados atónitos protestan,
Que Diana descendió sobre la pira
En una nube, estando en la creencia
Que, ascendiendo la diosa por en medio
De las llamas despues, nuestras ofrendas
Y nuestro incienso conducia al cielo.
Todos para salir de aquí se aprestan.
Ifijenia no mas á su enemiga
En la felicidad comun lamenta.
Venid á recibirla de las manos
Del mismo Agamenon, nada os detenga.
Aquíles y él de vuestra vista ansiosos,
Y por siempre los dos de inteligencia,
Pretenden confirmar su alianza augusta.

CLITEMNESTRA.

Qué premio puedo dar en recompensa
O cielo! á Aquíles, y con qué alabanzas
Dejaré tus bondades satisfechas?

FIN.